

VIAGE Á FRANCIA.



Vista interior del castillo de Tournoel.

EL PUY-DE-DOME.

IV.

MONTFERRAND.—RIOM.

(Continuacion.)

Tomando el camino de París para ir á Riom, se encuentra á la izquierda una capilla de estilo mediano que
Noviembre de 1854.

ocupa un vasto recinto; es el cementerio de Clermont. Dejando aparte las notabilidades puramente locales, solo un nombre despierta la atencion, el nombre del general Desaix, hermano de aquel que pereció en Marengo.

Desde este punto estremo de Clermont hasta Monferrand, se prolonga una soberbia avenida de olmos y de castaños que presenta una magnífica vista. A la izquierda la interminable cordillera de los montes Dome aparece con sublime magestad; á la derecha el Limagne de Auvernia

TOMO XII. 31

desarrolla sus risueños cuadros, interrumpidos por algunas chozas aisladas donde se ven algunos fenómenos extraños; el mas curioso es el de Puy de la Poix, cuyo manantial suministró en la edad media 45 quilógramos de betun por día.

Este agreste paseo está animado por un gran número de jóvenes soldados, que olvidan los enojos de la guaricion bebiendo el buen vino de la Auvernia.

Pronto el camino, unido por la curva de las colinas, se confunde con ellas mismas y da un brusco giro hacia la izquierda; andando un poco mas nos encontramos en Montferrand. A primera vista se ven por todas partes los restos todavía palpitantes de una fortaleza desmantelada. Esta fuerte posicion que habian poseido los ingleses, cuando el pais de Auvernia formaba parte del ducado de Guyenne, fué largo tiempo el objeto de su codicia.

Hoy Montferrand no es mas que un barrio sin importancia, una llanura sobre el camino de Riom; pero este espectro de ciudad no está desprovisto de interés. Las casas nuevas de Montferrand datan del tiempo del renacimiento; las viejas son romanas. La mayor parte de estos edificios ofrecen una disposicion particular en estos tiempos de desconfianza y de turbulencias. El techo, en vez de descender hacia la calle, forma con ella un ángulo recto, y las ventanas dan vista á un patio interior, al paso que la fachada no tiene otra abertura que una puerta con barras de hierro.

La iglesia, edificada en el siglo X por un conde de Montferrand, se parece á la catedral de Clermont; pero no tiene ningun carácter particular. Las aldeanas de Montferrand pasan por las mas bonitas de la Auvernia, pero en esto hay un poco de preocupacion.

Montferrand tiene el honor de estar situada en las márgenes de un rio que se llama el Bedat; le atraviesa bajo la forma de una onda poco límpida, que se dirige hacia Tirectaine, en cuya ciudad desaparece.

Luego que se ha salido de Montferrand, el Limagne, sin dejar de ser bello, comienza á reunirse en todas las llanuras posibles; el declive del terreno ha obligado á construir un camino muy cómodo y muy seguro; pero estremadamente largo y poco accidentado.

A medida que el viagero se aleja de Clermont, las montañas de la izquierda bajan gradualmente hasta no formar mas que colinas medianas, á las cuales seria muy fácil asignar un nombre especial. En una de estas alturas, en el centro de una especie de media luna escarpada, desde donde se debe gozar de una magnífica perspectiva, se eleva un grupo de casas blancas y azules apoyadas contra un castillo de respetable apariencia. Este lugar seduce á primera vista, y cuando supe que se llamaba Castillo-Alegre, convine en que era imposible designarle mejor. Esta fortaleza, construida con las piedras basálticas que se sacaron del suelo, ué edificada en 1581 por orden de Pedro de Giac, entonces canciller de Francia.

A dos quilómetros de Riom, se distingue hacia la derecha un punto alumbrado sobre una montaña sombría; es el castillo de Tournol.

Riom se anuncia alegremente por bosques de árboles y campanarios muy elevados. Una larga calle, aunque algo tortuosa, llena de tabernas y de posadas, es lo que primero llama nuestra atencion.

Riom es la ciudad judicial por excelencia; provista hace diez siglos de un tribunal de apelacion, pero destituida hace mucho tiempo de su título de capital del ducado de Auvernia, no conserva una especie de vida mas que gracias á los litigantes que afluyen allí incesantemente. Riom ha dado á luz hombres muy ilustres.

Saliendo de Riom nos aproximamos á los montes Dome, al través de una rica campiña esmaltada de ciudades.

V.

EL CASTILLO DE TOURNOEL.

Yo habia esperado para visitar á Tournol, á una hermosa mañana de primavera. Como estas impresiones de viage, recogidas al paso en un album, no pueden elevarse á la altura de una historia completa de los lugares recogidos, es preciso por lo menos que sirvan de instruccion particular de los viageros que los visiten. Por esto aconsejo prudencia en la eleccion de los vehículos de la Auvernia. Los carruages de alquiler abundan en Clermont, pero si se tiene la debilidad de dejarse conducir por un cochero, todo está perdido.

Ninguna construccion moderna podria darnos una idea equivalente de una fortaleza semejante á la de Tournol. Vista desde abajo se diria que era una ciudad; de cerca un mundo; mundo extraño, escepcional, que no vive mas que en el recuerdo de los anticuarios y en la imaginacion de los poetas.

Vese en primer lugar una torre redonda, tal como aparecen en algunos puertos de Normandia; esto no es mas que una obra moderna, casi contemporánea de Francisco I. Si se evocan por el pensamiento las escenas sangrientas de que fué teatro Tournol, se concebirá nuestra impresion primera al visitarle; podemos asegurar que nos estremecemos.

En la estremidad superior hace un corte oblicuo; despues de atravesar gradas de granito, se presenta una puerta estrecha, y luego que se ha atravesado una sala baja, desde donde partia una serie de cuerpos de guardia, se llega al patio interior del castillo feudal.

Es un cuadro entrelargo que divide el edificio en cuatro partes distintas; el ala derecha que mira á Limagne, contiene los grandes aposentos; el ala izquierda apoyada en la montaña, estaba verdaderamente afectada en ciertas partes subterráneas calificadas; el lado del Norte, reservado á la castellana, se une al ala derecha por un oratorio muy bien conservado y protegido por la pequeña torre. El intermedio de la sala está ocupado hacia el Mediodía por la gran torre, construccion colosal y punto de union de los baluartes, de los cuales no se ven ya hoy mas que débiles vestigios. Algunas acacias y girasoles amarillos se cruzan en este patio siniestro, que en ciertas épocas ha estado lleno de cadáveres, y ha visto cubierto su pavimento de nubes de aves de rapina.

La escalera del Norte tiene por caja una bonita torrecilla de un estilo gótico peculiar de la Auvernia. El propietario actual del castillo, Mr. de Chabral-Volvie, tiene cuidado de reparar el techo á medida que se va destruyendo, y de mantener de la manera mas sólida las comunicaciones amenazadas.

No hay nada que decir respecto al aposento de la cas

tellana, sino que es estremadamente grande. La ventana principal da vistas al Limagne y presenta un paisaje milagroso. La opinion general gratifica á nuestros abuelos de una ignorancia absoluta respecto á comodidades, pero nos parece falsa esta opinion lo mismo que todas las que se refieren á la edad media. Tournel en su cualidad de fortaleza, tendria por lo menos el derecho de ser una casa inhabitable para las personas de la clase media de 1834. El encanto de Tournel, en medio de su aparato de guerra, consiste en su cúpula semi-cilindrica, su exigüidad, y sobre todo el soberbio punto de vista que alli se descubre y que se refleja, por decirlo así, sobre las desnudas paredes del viejo castillo.

Al salir de este parage se presenta una puerta gótica sobrecargada de infinitos adornos: una pila de piedra para agua bendita, indica el destino de aquella habitacion; es el oratorio, pequeña capilla, estremadamente bonita, muy reducida y casi intacta á pesar de los siglos trascurridos. El altar de madera, en otro tiempo dorado, sostiene una estatua grosera, pero muy sencilla, una virgen como las que se ven en los retablos situados en las esquinas de las calles de Italia. Las paredes están cubiertas de pinturas góticas ejecutadas con mucha limpieza. Me fué necesario algunos minutos de inspeccion atenta para examinar sus detalles, pues estos frescos primitivos han sido muy degradados, no por el tiempo, sino por los hombres. Los visitantes las han rayado con una porcion de cuchilladas, para inscribir en ellas un sinnúmero de sandeces.

Quedaba una *Anunciacion* casi conservada: un amigo de las artes la ha hecho desaparecer con este apóstrofe tallado en mayúsculas de seis pulgadas de altura: ¡VERGÜENZA A LOS QUE DEGRADAN LOS MONUMENTOS!

El individuo á quien se debe este hecho vandálico ha guardado el anónimo. En cambio, los pilares del vestibulo conservan las huellas de las visitas de señores militares. Un gran número de cabos y sargentos han creído de su deber señalar con una fecha exacta la época de su tránsito por Tournel.

Los aposentos del ala derecha no son mas que una especie de caverna sombría; pero una sala del piso bajo medianamente adornada segun el estilo de Fontainebleau, indica que esta parte del castillo fué habitada en los tiempos modernos acaso hasta el tiempo de Richelieu.

No aconsejo á los que no tengan seguridad en sus pies que visiten la pequeña torre, la que por otra parte es muy insignificante; se llega á ella por uno de esos caminos ordinariamente privilegiados para los gatos y los monos. Hallábame orgulloso de haberle atravesado sin peligro, cuando ví que me habia dejado el album sobre la plataforma de la pequeña torre y debí volver á empezar esta peligrosa travesía. Es mi deber invitar á Mr. de Chabrol á que adorne aquel techo con una chimenea.

En cambio, la torre grande merece ser vista; á pesar de su prodigiosa altura se puede recorrer de una manera agradable. La escalera es bastante sólida, y salvo algunos escalones que faltan por aqui y por alli, es muy fácil de subir; basta saltar diestramente por encima de los precipicios y cuidar de no caerse, y no se presenta otra dificultad.

Ocioso es manifestar que en el interior de Tournel se oye toda especie de ruidos. Alli se ven muchos esqueletos; no quiero defender á nuestros abuelos contra toda sospecha de crueldad; no es dudoso que se hayan arrojado en estos in-

pace algunas criaturas vivas. Esto supuesto volvamos al terreno práctico. La situacion respectiva de la gran torre de guerra y del foso hace que resalte la verdad á los ojos de los menos perspicaces. El foso era únicamente la sepultura abierta á los valientes que sucumbian en los combates. La política del señor sitiado consistia en hacer desaparecer los cadáveres, en lugar de dejarlos amontonar á la vista de los combatientes, lo cual hubiera podido amilanar á los guerreros. Había una razon mas poderosa todavía, á saber, la imposibilidad de obrar de otra manera. Sin duda los sitiados no tenían la inocencia de salir de sus muros para proceder á un enterramiento en regla en el cementerio de Valvic. ¿Qué hubieran hecho? ¿echar los muertos por encima de los baluartes? eso era atestiguar la cifra de sus pérdidas; enterrarlos en el patio de su castillo era llamar la peste y el contagio. Encontraremos que esta disertacion carece de encantos; pero tengamos presente que nos referimos al salon de Tournel que no es ciertamente un lugar de encanto.

Cada piso de la gran torre (tiene cinco ó seis) está ocupado por una sala de armas. Desde lo alto de este observatorio inmenso se dominan tres de los recintos. Del Pui-de-Dome, Riom, Thiers, y Clermont. El Limagne corria á mis pies en todo su esplendor; yo veía, segun la espresion de Sidonio Apolinario, «aquel mar de campos, en el que ondeaban los surcos de una rica mies, sin temor de naufragio; deleitable para los viajeros, provechosa para los labradores y placentera para los cazadores; las montañas presentan magníficos paisajes; las pendientes están llenas de viñedos, y los precipicios presentan torrentes muy pintorescos.»

No queda mas que un rasgo que añadir al cuadro, y este rasgo es característico de la Auvernia; es la inmensa poblacion que la anima y que la hace encantadora. Cada segmento de círculo cortado sobre el horizonte encierra dos ó tres aldeas, no de esas aldeas campestres compuestas de seis chozas cada una, sino de barrios enteros y poblados de gente sana y robusta, que puede considerarse como una residencia feudal con su respectiva magistratura popular. Estas grandes perspectivas, dotadas de un increíble vigor, se ven alumbradas por grandes masas de luz, al través de las cuales aparecen sombras transparentes y movibles que viajan incesantemente de un extremo al otro del horizonte vimal. Estos efectos repentinos, que varia el lugar y le salvan de toda monotonía, son debidos á las sombras producidas por las montañas, á cada momento modificadas por el curso de las nubes que caminan por delante del sol.

Si desde esta espléndida inmensidad llevamos de repente los ojos á la montaña sombría y desnuda, donde el mudo Tournel está sentado, se comprende de repente la existencia estraordinaria de aquellas rocas tambien desnudas y la de los buitres que giran sobre su presa sin descanso.

Ahora, si queremos averiguar cómo y por qué fué edificado Tournel, diré que en 1213, Guy II, conde de Auvernia, habiéndose declarado en rebelion contra el rey de Francia, su legítimo soberano, Felipe Augusto envió un ejército para que se apoderasen de las tierras del rebelde. El castillo de Tournel, *castrum fortissimum*, como la llama Juan, canónigo de San Victor, fué sitiado en nombre del rey, por Guy de Dampierre, señor de Borbon, y Renato de

Fery, arzobispo de Lyon. A pesar de la vigilancia de Gualeran que le defendía por el conde de Auvernia, Tournel fué tomado despues de una lucha encarnizada. Hé aqui cual fué el botin hecho en la plaza despues de la victoria: una sierpe, un mortero de cobre, dos cuerdas, seis martillos, queso y una provision de vino.

El poeta Guillermo Guyart ha conservado la memoria de estos hechos heroicos.

En la época de la Liga, Tournel fué tomado y vuelto á tomar muchas veces por los afiliados de esta misma Liga. El duque de Nemours le entregó á las llamas; pero á la muerte de este principe la plaza fué devuelta al rey. No se

La cordillera de los Domes no es uniforme como los Alpes ó los Pirineos. La palabra cadena casi no es exacta. Es un conjunto, una confusion, un monton de montañas reunidas. El fuego interior que devoraba las entrañas de esta comarca, encontrando resistencias, ora débiles ó fuertes, ora invencibles, se ha convertido en luz de la manera que ha podido. En todas partes donde los terrenos no ofrecian mas que una débil consistencia, los ha levantado, y esparciéndose por la cima con sus capas despedazadas, se ha convertido en volcanes ó cráteres profundos donde nacen ahora nogales ó ramages espesos. Ademas, donde la espesura y el peso de las capas acumuladas estrechaban sus ma-



Trages y costumbres de las cercanías de Montferrand.

si ha sido habitada despues, pero todo conduce á creer que Carlos de Apfen, muerto en una salida contra los de la Liga fué el último señor que habitó á Tournel.

Yo volví á bajar, confundido con aquellos ruidos de guerra evocados en el silencio de las ruinas: siglos heroicos han aparecido enteramente armados delante de mí, y contemplé con melancolía los pequeños girasoles amarillos que yo habia encontrado en varios parages de Tournel.

No puedo continuar mi viage, á menos que no se me permita dejarme describir sucintamente el enlace de las montañas que están inmediatas á Clermont. Esta instruccion, la mas precisa que puede hacerse, evitará muchas repeticiones, y muchos detalles muy enojosos en la relacion.

lezas, la accion volcánica no ha producido mas que conos sin cima, mamelones extravagantes ó conductos mas estranos todavia, que encontraremos al paso por las Galias ó por el Gran Sarconi. En fin, sea que el fuego interior se haya amortiguado considerablemente en ciertas épocas recientes, sea que haya desaparecido enteramente, y haya continuado por la fermentacion del gas, procurando hacer expansion fuera, una parte del suelo ocupado por los Domes no está mas que removido y agrietado, pero no alterado sensiblemente.

Muchos geógrafos añaden que estos cerros están ordinariamente redondeados en forma de cúpulas ó media naranja. Esta observacion, absolutamente falsa, ha sido ima-

ginada con el designio de explicar el nombre dado á estas montañas, por medio de un equívoco bastante ingenioso, pues *dome* en francés quiere decir cúpula ó media naranja. El lector apreciará esto del modo que quiera. En cuanto á mí, yo me refiero á la etimología latina, *dumus*, colina; esto me basta y daré para ello mis pruebas.

Añadiré para los curiosos impertinentes que quieren saberlo todo, que los Domes, por los cuales se termina la cordillera de las montañas de la Auvernia, siguen inmediatamente á los Dore, y que estos se unen á los Cevennes por la cadena de los Marguides, uniendo el sistema pirenaico al plantel central que forma el núcleo geológico de la Francia.

traordinariamente bellas, donde se precipita el agua de los manantiales. Hay que hacer desde luego justicia á los habitantes del país, mencionando el cuidado estremado que tienen en mantener las calles soberbias en lugares que, despues de todo, no pueden ser frecuentados mas que por raros viajeros. En cualquier punto de las montañas en que penetre el paseante pedestre que sale de Clermont-Ferrand, puede estar seguro de encontrar senderos cómodos que se unan finalmente al camino nacional que se dirige hácia Burdeos por Tulle y Perigueux.

Contra la costumbre bien conocida de los caminos nacionales, este es uno de los mas pintorescos de Francia. Obligado, para salir de Clermont, á atravesar el punto cul-



Vista exterior del castillo del Tournoel.

Este plantel central, cuyas opuestas vertientes separan las aguas del Garona y del Allier, como las montañas del Forez separan el valle del Allier y el del Loira, se mantienen generalmente á 1,100 ó 1,200 metros de altura; pero en el departamento del Puy de Dome, su elevacion mediana no es mas que de 7 á 800 metros. Es el pedestal de los volcanes.

Segun esta disposicion, desde luego puede adivinarse la figura del país. Las colinas que tienen una dulce pendiente y que rodean á Clermont, no son volcánicas, y es menester subirlas para llegar á la base de los conos que las han cubierto con sus vestigios inflamados. Están separadas por gargantas poco profundas, pero llenas de malezas y es-

minante del plantel, se presenta en mil giros variados, hasta llegar á una altura de ochocientos metros, donde se encuentra el caserio tan propiamente llamado las Barracas; desde aquí comienza á seguir la vertiente opuesta, y pasa, por decirlo así, por el pié del Puy-de-Dome, y aprovechando una especie de valle que deja el intervalo de los Domes y de los Dore, se confunde con la Correze.

En las Barracas confinan casi todos los caminos trazados en la montaña; y aquí por consiguiente estará situado el punto de partida para las sucesivas escursiones que tenemos que emprender con el amigo lector.

(Se continuará).

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA RUSIA Y LOS RUSOS. (1)

(Continuacion.)

VI.

Treskenda, magnífico campo de madama Paul Demidoff.—Jardines, parques.—Ciudad de Mayland.—La condesa de Pouschikine.—El poeta Pouschikine.—Festejo en la ciudad de Mayland en honra á madama Demidoff.—Sentimientos y llantos.—El estudio en el campo.—Imitacion burlesca á las c6rtés universitarias.

Para evitar el contagio dejé á mi ap6stol cerca de Helsingfors, parage inmediato á la ciudad de Treskenda, perteneciente á la viuda de M. Paul Demidoff, hoy madama Karamsin. Treskenda pasa por una de la mas bonitas campiñas de la Finlandia. Por lo menos hoy pocas que sean tan pintorescas. Observé, entre otras bellezas naturales un parque lleno de sombras y de pájaros, que podia rivalizar, por el espacio y el esplendor, con el gran parque de Salkemki, donde toda la ciudad de Moscou viene á buscar el aire puro y la frescura, y para entregarse á mil diversiones.

No diré nada del lujo de los jardines, de las flores, y de las plantas ex6ticas, de las curiosidades de todo género, que adornan los jardines y la posesion de Treskenda. Diciendo que Treskenda pertenece á madama Demidoff, se dice todo: Demidoff es sinónimo de todos los regalos y de todas las opulencias.

No lejos de Treskenda esta la ciudad de Mayland, que tiene un aspecto más fantástico y mas salvage. Mayland domina el mar. Las águilas, los cuervos y otras aves de rapiña revolotean en derredor de este recinto, y desde lo alto de sus rocas se oye ya el estrépito de la tempestad lejana, y el ruido de las olas que se estrellan contra las peñas, ya los suspiros de la brisa.

La primera vez que visité á Mayland, le encontré habitado por la condesa Pouschikine, el homónimo gracioso del principe de los poetas rusos, de ese poeta que ha cantado con tanto entusiasmo las hazañas de Pultawa, y suspirado tan tiernamente las tristes aventuras de la cautiva María, y la fuente célebre que el sultan Hírey hizo levantar en su honor, en Baktchessaray, la antigua capital de la Crimea.

El día de mi llegada, la ciudad de Mayland tenia un aspecto extraño. Parecia que toda la nobleza de San Petersburgo y de Helsingfors se citó en aquel parage. Con efecto, la condesa Pouschikine celebraba aquel día el cumpleaños de su hermana, madama Demidoff. Pero, ¿qué festejo! Todo lo que la poesía griega tiene de mas gracioso se encontraba allí reunido. Se veian brillantes amazonas galopando sobre fogosos caballos, elegantes pastores agitando sus hondas,

ninfas cazadoras, musas, sibilas y amores. Luego cambiaba la escena; personajes mitológicos volvian á entrar en la sombra de los siglos. Un teatro, levantado *sub dio*, completaba la ilusion. La comida fué soberbia; se bebieron vinos de los mas finos. La reina de la fiesta correspondia á todo con un talento y una oportunidad que mereció los sufragios de toda la reunion. Despues de la comida vino el concierto; luego el baile campestre, en seguida la iluminacion, á las doce los fuegos artificiales, en los que la cifra de madama Demidoff se elevó á las nubes, cercada de un círculo de púrpura y fué saludada con los aplausos de la multitud. ¡Ay! pero ¿por qué he de mezclar estos brillantes recuerdos con lágrimas? ¡La noble Catalina de Mayland no existe ya! Ha muerto muy jóven, en sus tierras de Rusia, victima de su afan en cuidar á sus propios vasallos atacados del *tifus*. La condesa Pouschikine tenia un gran corazon; todos cuantos la conocieron la lloraron, los pobres sobre todo la llorarán amargamente.

Entre las personas que habian sido invitadas á la fiesta de Mayland, encontré á M^{...} cabeza de una familia. Me presentaron á este sugeto, y me convidó para que pasase en su posesion. Me encontré allí en una especie de colmenar, donde cada abeja trabaja y fabrica su miel. Los dos hijos mas jóvenes de M^{...} estaban en visperas de entrar en calidad de estudiantes, en la universidad de Helsingfors. Se trataba acerca de quien de sus hermanos ó de sus hermanas los ayudarian en la preparacion de su examen. M^{...} se habia reservado las atribuciones de inspector.

—Con efecto, me decia; M^{...}, es una pesada tarea para estos niños, la de adquirir todo lo necesario para que merezcan su diploma. Es preciso que puedan responder minuciosamente acerca de la historia de la Iglesia y los principios del cristianismo, sobre la lógica, moral, aritmética y geometría; sobre la historia profana, geografia y lengua latina.

—Efectivamente, es una pesada tarea. Pero si la desempeñan bien, ¿está asegurado su porvenir?

—No señor. Recibidos en la universidad, tienen que hacer todavia una carrera muy pesada. Es menester que salgan victoriosos del examen de *magister*. Este examen es escesivamente complicado. Metafisica, y psicologia, quimica, mineralogia, zoologia, botánica, historia general, historia literaria, elocuencia y poesia latina, literatura griega, lenguas orientales; tal es el vasto programa sobre el cual son interrogados los candidatos. El examen dura mes y medio ó dos meses, durante los cuales tienen dos ó tres sesiones por semana. La prueba oral es precedida de una prueba escrita en dos ejercicios; de los cuales el uno se refiere al estilo, y el otro al fondo de la redaccion. No se admite ninguna dispensa, si no es á las lenguas orientales, cuando el asunto justifica una superioridad real en otra especialidad. Las reglas de administracion no son menos rigurosas. Es menester que el candidato obtenga, sobre cada uno de los ramos del examen, uno de los tres sufragios: *Bien* (*aprobatur*), ó *rien muy bien* (*aprobatur cum laude*), ó *perfecta-*

(1) Véase el número de setiembre.

mente bien (*candatur*). Una sola nota negativa basta para la exclusion.

—Veo que vuestras universidades marchan bien. Debe haber en ellas, y en los procedimientos de que se sirve, un antídoto infalible contra las usurpaciones de la superficialidad y del charlatanismo.

—No obstante, llegar antes al santuario universitario era mas difícil que hoy. Hasta las extravagantes ceremonias de iniciación, tendían á inspirar hácia la carrera académica una consideración profunda, y diré, hasta un religioso temor. He aquí lo que con este motivo dice un escritor francés:

«El día de su inscripción, todos los aspirantes al título de estudiante se reunían en una misma sala. Uno de los empleados de la academia, con el título de depositario, se adelantaba en medio de ellos, y la multitud le rodeaba; se les enriquecía el rostro y se les colocaba sobre los hombros un manto negro.

«El depositario los hacía salir de la habitación, llevando en la mano un palo en el extremo del cual iba atada una especie de hacha, con cuyo instrumento los amenazaba hasta llevarlos á otra habitación donde los espectadores los esperaban.

«Allí los formaba en círculo, después de haberlos medido con el palo, como un sargento mide á los soldados con su alabarda. Luego gesticulaba y hacía una porción de reverencias, y pasado de lo burlesco á lo grave, enumeraba los diferentes vicios de la juventud, y demostraba la necesidad de la corrección y del castigo por medio del estudio de las bellas letras.

«Dejando después lo grave por lo burlesco ó mas bien por lo tragi-cómico, les hacía diferentes preguntas á las cuales se veían precisados á responder. Terminada la farsa, el depositario exhortaba á los jóvenes á un nuevo género de vida, y á combatir las malas costumbres.»

Después de esta relación, M^{me} me introdujo en un fresco salón, donde todo estaba dispuesto para el té. Allí encontré reunida á su familia que me dió la mejor acogida del mundo. Estuve en esta casa tres días enteros; y verdaderamente aquello fué para mí un verdadero encanto; después de tan tumultuosos festejos, pude descansar un poco en medio de un interior tan apacible y lisonjero.

(Se continuará).

FÉLIX, Ó EL DESENGAÑO.

—Llegad, llegad todos, exclamaron diez voces de escolares. ¡Una cesta con una carta! ¡Cómo! ¿es para el Glorioso... Aquí, Glorioso. Esto debe ser de tu tía, la primera presidenta. Ve el estado de su salud y luego el de la cesta.

El escolar á quien acababan de llamar sus camaradas acudió; abrió el billete y comenzó á leerle á media voz.

«Mi querido Félix...»

—Le llaman Félix, interrumpió uno de los oyentes, apellidado el Filósofo á causa de su pedantismo en el raciocinio.

Esto os prueba de que está contenta de él, y que le manda alguna cosa escogida.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.
(Dichoso el que puede conocer el origen de las cosas):

—¡Silencio, Filósofo! interrumpió todo el mundo.

Y el Glorioso volvió á leer.

«Mi querido Félix:

«Como el director de tu colegio nos ha dicho que estaba satisfecho de tu conducta y de tu trabajo, te enviamos tu parte de las primicias de nuestro huerto. Continúa mereciendo los mismos elogios, y continuaremos nosotros remitiendo los mismos presentes.»

—¡Bravo! gritaron los escolares. He aquí una tía digna de ser adorada. Pronto, pronto, Glorioso, corta el hilo; aquí está mi cortaplumas. Saca la paja. Veamos: manzanas, peras, cerezas... Tienes demasiado para tí solo, Félix; es menester ser buen camarada; tú sabes que te queremos; tú vas á repartirlo, ¿no es verdad? ¡Igualdad, fraternidad!

Y la banda de los muchachos rodeaba al dichoso propietario de la cesta, con risotadas, con palmoteos y con una extraordinaria gritería; se hubiera dicho que aquello era una turba de amigos puestos en derredor de un discípulo que había llegado á ser primer ministro.

En cuanto á Glorioso, que ahora se llamaba Félix, había comprendido su importancia; apartaba con gesto magistoso á los solicitadores, quería escuchar con desahogo sus peticiones, gozar con sus lisonjas, consultar sus preferencias y hacer favores; se creía un rey, y de tal tenía ya todas las apariencias.

—A tí, Alcibiades, decía presentándole un albaricoque al dandy del colegio. Toma, *Inflado*, he aquí una manzana tan redonda como tus mejillas. Toma, *Maricon*: acuérdate solamente de no comerte la cola. ¿Dónde está el Filósofo? ¡Ah! Filósofo, atrapa este racimo de uvas.

Y el racimo vino precisamente á dar en la cara del escolar, lo que vieron todos en medio de estrepitosas carcajadas; pero él levantó el racimo gravemente, y después de haberle limpiado, comenzó á comerse las uvas murmurando estos versos de Horacio:

Impavidum ferient ruinae.
(Los restos le atacan sin espantarle).

El Glorioso proseguía su distribución, mezclando sus dádivas con burlas y chanzonetas; pero se le soportaba todo alegremente, y se le aplaudían todas sus palabras.

¡Date cilia! ¡Sembrad las flores!

esclamaba el Filósofo estendiendo sus manos hácia el opulento distribuidor.

Y este, habiendo respondido lanzándole un nuevo fruto que le dió en el pecho, el incorregible latino murmuró las sublimes palabras de la mujer de Petus, cuando después de haberse herido dió el puñal á su marido:

Pete, non dolet. (Petus, esto no me hace daño).

En esto se advirtió el fondo de la cesta que comenzó á disminuir la afluencia. Los mas independientes declararon



entonces que Glorioso era un impertinente, y se retiraron con los bolsillos llenos de agasajos, pero vacíos de reconocimiento; los menos favorecidos los siguieron, exclamando que era un mal camarada; los fieles, es decir, aquellos que no querían perder nada, permanecieron á su lado hasta que no quedó nada, y el Filósofo volvió entonces la cesta, diciendo solemnemente:

Finis coronat opus. (El fin corona la obra).

Desde este momento, Felix, habiendo vuelto á ser *el Glorioso* para todo el mundo, debió espiar sus vanidades y sus insolencias. Todos habían olvidado lo que habían reci-

Menin acide, Thea, Peleia deo Achilleos.
(Musa, canta la cólera de Aquiles, hijo de Peleo).

Sin embargo, trascurrieron ocho dias. En el momento en que los escolares bajaban al recreo trajeron una nueva cesta y una nueva carta. El Glorioso se lanzó sobre la carta; era para él. Triunfante rompió el sobre y leyó en alta voz:

«Señor:

«La cesta de frutos que os estaba destinada se hallaba dispuesta cuando recibimos el boletín que nos ha dado á conocer las quejas de vuestros maestros, descontentos de vuestros trabajos y de vuestro carácter. En su consecuencia os advertimos, que esta carta, en lugar de ser para



Prosperidad.

bido para recordarle únicamente la manera con que lo había dado. «El azúcar que se echa con una injuria deja entre los labios un gusto amargo,» dice un proverbio chino; su generosidad fué pagada con la paciencia.

Glorioso esperó lo que él llamaba ingratitud de sus camaradas; juró en alta voz no dejarse engañar en adelante, y guardarse los regalos que le enviara su tía; le respondieron con burlas, y como amenazaba furioso con el puño cerrado, el Filósofo comenzó á entonar en son de rondeña el primer verso de *la Iliada*:

«vos, será ofrecida de nuestra parte á vuestros condiscípulos, que se la distribuirán, sin comprenderos á vos en la repartición.»

Una aclamación general acogió esta lectura; la cesta, cogida como un botín inesperado, fué llevada á un extremo del jardín, donde se recurrió al sufragio universal para la elección de dos comisarios encargados de proceder á la división por cabeza.

Algunos camaradas de los mas generosos se dirigieron con un movimiento de compasión hácia el Glorioso, que se

habia sentado sobre un banco de piedra, llorando de cólera, y proponian en voz baja reservar su parte; pero otros recordaron los términos de la carta, que eran positivos. La tia queria dar una leccion á su sobrino, y no pertenecia á ellos contrarestar las intenciones de una señora tan respetable: los donatarios debian cumplir las condiciones impuestas por los donadores. Se decidió atenerse al texto.

—Al hecho, añadió el Filósofo, que no sabia resistir al placer de una chanza latina, el Glorioso está aqui abajo, como el Titivo de Virgilio,

Recubans sub tegmine fagi.

Los escolares se reian, y la distribucion se hizo con una rigurosa equidad.

—¡Ah! ¿vienes á mofarte de mí? exclamó Glorioso cerrando los puños.

—De ninguna manera, respondió el latino; pero acuérdate de los hechos. Mientras fuiste *Felix* por tu tia, te ha enviado sus mejores frutos y te ha hecho la corte; hoy eres *señor*, y no te envia nada, y te abandona, y esto prueba la verdad de estos versos:

Donec eris Felix, multos numerabis amicos;

Tempora si fuerint nubila, solas eris.

(Mientras seas dichoso tendrás muchos amigos,
Si pasa una nube por tu cielo quedarás solo.)

El Glorioso se encogió de hombros.

—Bueno, dijo, no tengo necesidad de tus equívocos latinos.



Adversidad.

Sin embargo, cuando todos se retiraron con su correspondiente parte, echando al Glorioso una mirada de indiferencia ó de mofa, el Filósofo, habiéndose quedado solo, tuvo un remordimiento. Se aproximó lentamente al pobre abandonado, y poniéndole la mano sobre el hombro:

—Y bien, le dijo á media voz; tú que haces tan poco caso de los poetas latinos, he aquí, sin embargo, cómo comentas á Ovidio.

—Puede ser que quieras mejor este, replicó el Filósofo poniendo en sus manos la mitad de sus frutos. Corre y procura tener en cuenta esta leccion. En este mundo, es menester aprovecharse de la prosperidad, de manera de conservar amigos en el infortunio, en vista de que los demas, son para nosotros lo que nosotros hemos sido para ellos.

ZAIMA.

LEYENDA.

IV.

(Continuacion.)

Aben-Muley, algo cansado del trabajo extraordinario del día, se recogió temprano no sin despedirse de su hija á quien dejó en su cámara y de Alfonso que en su cabecera estuvo hasta que vió dormir profundamente al anciano.

Luego que sospecha alguna le hizo temer no engañarse salió con mucho cuidado de la estancia y al poco tiempo, despues de atravesar algunos salones, corredores y patios llegó á un jardín y se acercó á la puerta de un pabellon que en él habia; llamó con algun temor tres veces y la puerta se abrió sin ruido alguno, dando paso á nuestro jóven que se encontró con Zaima en un pequeño salon pintado de azul, con algunas cortinas de seda, alfombra, divanes de terciopelo y una lámpara pendiente del techo que con fantástica luz iluminaba el ya ligeramente descrito cuarto de la jóven.

Zaima radiante de hermosura, azorada por la situacion y apenas cubierta con un manto blanco abrió á Alfonso y colocando su dedo índice sobre la boca, dijo con voz que bien su temor delataba:

—¡Silencio, Alfonso, silencio! Mi esclava Zoraida descansa en la pieza inmediata ¡silencio!

Alfonso fiel á aquel mandato andaba con gran cuidado y detenimiento casi sin respirar é impaciente, comprimiendo su corazon cuyos latidos apresurados sentia muy bien. Luego que la jóven cerró la puerta sin echar la llave y escuchó algunos instantes en otra que en el aposento estaba, se llegó á Alfonso, que soñando creia estar mas que despierto; tenia delante de sí aquel ángel y sentia el perfume de sus cabellos, el aire, el ambiente que respiraba parecia abrazarle, los muebles en que Zaima se reclinaba los tenia delante de sí y ella como una celeste aparicion, vestida de blanco, los pies desnudos, apenas ocultos sus mayores encantos, agitada como él, cuidando del silencio, y tan cercana que bien entre sus brazos podia estrecharla, llegóse entonces hasta tocar con su mano la de nuestro enamorado que estremeciéndose dió un paso adelante y despertó á tiempo de su letargo y pasóse por su ardiente cabeza su helada mano, recordó el objeto de su ida á aquel sitio, su fé de caballero, la pureza de su amor, el nombre de su madre, la religion que profesaba y retrocedió aterrado del ya pasado peligro; esto solo, esto bastó á contener los impulsos de su juventud, su corazon y sus deseos y avergonzado por su debilidad levantó los ojos y con débil voz dijo á la jóven, que tambien temblaba, tambien sentia latir de un modo extraño su corazon, enardecerse su piel, avergonzarse sin saber de qué y cubriéndose maquinalmente el blanco seno que se agitaba cual tempestuosa mar soltó la mano de Alfonso y quedó inmóvil. El peligro empero, habia pasado Alfonso habló y Zaima serena ya escuchó al amigo de su padre:

—Zaima, dijo Alfonso, mas de un objeto me conduce aqui, me ha hecho pedir una cita y si por un momento he sen-

tido vacilar mi razon ya me es lícito juraros que nada podeis temer de mí y os suplico me escuchéis con atencion.

—¿Y la pulsera de mi madre? exclamó Zaima.

—Os la daré, pero antes ya que será la última vez que os vea, quizá la última de mi vida, deseo revelaros un secreto que ha tiempo en mi pecho encerrado está, un secreto que os pertenece, que si mis labios no pronunciaron, mis miradas os rebelaron quizá muy en su principio.

—¡No adivino!....

—Se trata, Zaima, de un secreto del corazon, que ignoro porque los hombres todos llega un dia poseen sin excepcion, del que algunos se avergüenzan sin comprenderle, otros se rien demostrando su falta de talento, algunos se creen en el falso deber de contrariarle y otros muchos por orgullo ocultan, pretenden sofocar y en su extravío pierden para siempre su felicidad.

—Cada vez os entiendo menos.

—Si alguna vez empero hubo causas para no revelar ese sentimiento, poderosas serian las que yo podia alegar; vuestra religion señora nos separa, interpone entre los dos una barrera insuperable, y sin embargo, el corazon que solo tiene una religion y un idioma trata de romper esa barrera; el corazon Zaima manda á la cabeza y á pesar de todo os ama, os ama desde el dia en que os vió por vez primera, late solo por vos y sin vos dejará de latir muy pronto.

—¡Alfonso! ¡qué decis!....

—Que os amo, continuó el conde arrodillándose, que os amo y os pido en nombre de ese sentimiento que seais cristiana, para ser mi esposa.

—¡Nunca! replicó Zaima con horror.

—¿Olvidáis los favores que hice á vuestro padre?

—No.

—Acaso, ¿no habeis reparado jamás en mí? ¿comprendido mis miradas, mis suspiros, mi turbacion en vuestra presencia?

—No se.

—¿Me odiais acaso? ¿os inspiro horror?

—¡Ah! no.

—Pues bien, Zaima, despues de esa confesion, me figuro que no me rechazareis; hareis por mí el único favor que os pido en prueba de tanto cariño; cuando os ausenteis llevaréis un libro que deseo leais con atencion y si despues de leído os acordais del cristiano no estaré lejos de vos, iré á salvaros de cuantos peligros os amenacen, mi lengua como mi acero os probarán mi valor, mi constancia y mi cariño.

Zaima escuchó asombrada al conde, sorprendida parece que á sí misma pudo explicarse el efecto de aquella declaracion, su complacencia al escucharla y mas que todo la coincidencia de haberla antes como deseado. Con efecto, la hija de Aben-Muley tampoco dormia tranquila hacia algunos dias, sus sueños eran la enfermedad de su padre y mas de una vez vió junto á él á Alfonso y aunque próximo á espirar el anciano, luego respiraba con mas libertad, abria sus ojos y la vida se difundia al contacto de la mano del jóven por el rostro del moribundo; otras soñaba que se acercaba á ella el estudiante de medicina y huia presurosa, el corria á su vez llamándola por su nombre y cuando le sentia cercano á sí, mirándola fijamente estendiendo sus brazos... despertaba.

Repuesta algun tanto su turbacion, cuando Alfonso concluyó le dijo:

—Habeis abusado, y mas enojo que favores mereceis:

dadme el brazalete de mi madre y salid.... sus palabras eran enérgicas, su voz empero era débil; sino amaba á Alfonso, el amor de este debilitaba algun tanto su resolucion y valor.

—¿Y el libro Zaima? volvió á decir en tono suplicante el jóven, ¿lo tomareis?

—¿La pulsera, Alfonso?

—¿El libro Zaima?

—Dadme esa alhaja ó salid.

—¿Leereis el libro?..

—Si....

En este momento la puerta del gabinete se abre con fuerza y en su dintel aparece Aben-Muley. Zaima ocultó el libro de Alfonso, éste se levantó y ambos quedaron aterrados y mudos de espanto.

El padre sin proferir palabra alguna, se llegó á la otra puerta y llamó algunas veces, una anciana abrió asustada y Aben-Muley imponiendo silencio con sus miradas señaló á su hija aquel camino, ella quiso hablar pero el anciano la obligó de nuevo á callar. Cerró la puerta y volvióse al conde diciéndole con un tono amenazador:

—Seguidme.

Hecharon á andar saliendo del aposento, atraviesan el jardin, cruzan los corredores, pasan los salones, y al llegar al suyo dió orden á un criado que llamase sin dilacion al doctor Gutierrez.

V.

Algun tiempo hacia que Aben-Muley y Alfonso estaban en el salon donde los dejamos y ni una palabra se habian dicho: el anciano sentado en un sillón ocultaba entre sus manos el rostro y algunos hondos suspiros se escapaban de su pecho, el jóven permanecía en pie frente á él con los brazos cruzados, la frente altiva y los ojos fijos en la cabeza del padre de Zaima.

¿Cuántos pensamientos cruzaban por la mente de nuestros dos personajes! ¿qué de ideas ocupaban su imaginacion!...

Aben-Muley comprimiendo su justo enojo luchaba con opuestos sentimientos; la gratitud ataba sus manos; el furor, la indignacion, el deseo de venganza le hacia crispas los puños, mesarse la blanca barba y meditar mil planes que su buen corazon rechazaba siempre.

Alfonso veia descubierto lo que con tanto artificio ocultaba, comprendia la situacion del padre de Zaima, y su odio á los enemigos de la religion le hacia sospechar que el padre vengaria bárbaramente la accion de su hija; su aparente calma, su determinacion de llamar á Gutierrez y el encierro de Zaima confirmaban sus sospechas, y juraba interiormente impedir de todos modos la determinacion que el anciano pudiera tomar para vengar su descubierto amor.

Asi pasaron los instantes y despues de algun tiempo Gutierrez entró en el salon, admiróse mucho de ver en tan estraña actitud á Aben-Muley y al conde, y muy pronto sospechó alguna ligereza de éste: el anciano levantó la cabeza y viendo á Gutierrez exclamó:

—¿Me habeis engañado doctor!

—¿Cómo!... replicó este, esas palabras son insultos.

—Tambien á mí me ha insultado, contestó Aben-Muley, mi honor, mis canas han sido empañadas por una infame accion.

—Explicaos por piedad dijo el doctor interrumpiendo al viejo y dirigiendo al jóven una mirada amenazadora que le contuvo é hizo permanecer en silencio. Aben-Muley prosiguió:

—Sí, doctor; yo confiaba en vos, y vuestro pupilo, creia tranquilo en vuestra probidad y honradez y nunca sospeché recibir de vuestra mano un golpe que me hara bajar al sepulcro muy pronto; ¡he sido deshonrado!

—¿Mentís!... exclamó Alfonso.

—¿Alfonso! silencio dijo el médico.

—Es imposible; Aben-Muley miente como un villano y conoce mal al conde de Guadix.

Aben-Muley estrañando aquel titulo replicó:

—¿Aun me insultais? y levantándose continuó, ¿habeis creido que mi brazo no tiene fuerza ya? ¿sospechais que el no haberos matado en la cámara de mi hija fuese cobardia? Alfonso, fué pagaros el beneficio de mi vida contra la vuestra.

—Lo rehusó, contestó Alfonso arrebatando la espada á su tutor y dirigiéndose al Padre de Zaima, este tomó un alfanje y esperó resuelto al jóven.

Gutierrez no tuvo tiempo para evitar aquella rápida complicacion y ya se acercaron los combatientes, Alfonso dejó caer su espada y horrorizado cubrió el rostro con sus manos.

—¿Qué haceis!... ¡miserable! exclamó...

—Vengarme... contestó el conde.

—¿De que? ¡Infeliz!

—¡Ah!... teneis razon... y la espada cayó de su mano.

Aben-Muley de pie, su brazo levantado, los ojos fijos en el conde, el rostro encendido parecia una estatua de la venganza.

Despues de un momento Gutierrez dijo:

—Anciano, perdona la indiscrecion de un jóven; depon por unos instantes tu justa indignacion y escucha á otro anciano que cual tú sabrá vengar la deshonra y la vergüenza: habla, di, que es lo que aqui ha pasado; y vos, atrevido jóven, arrodillaos ante un padre que con razon ó sin ella os pide cuenta de su honor.

Las palabras del doctor hicieron volver á Aben-Muley en sí y al conde caer de rodillas ante su tutor cuya superioridad sobre él jamás demostró mas á las claras... continuó:

—Quizá las apariencias acusen á Alfonso de un delito mayor y su arrojo, su valor, su palabra de hace un instante me hacen esperar se desvanecerá muy luego la niebla espesa que cubre su nunca empeñado crisol de la honradez.

—Doctor; por tercera vez, respondió el viejo embajador, la razon domina mis acciones, detiene mi brazo, y hace parecer tranquilo el semblante de quien agitado por opuestos sentimientos está; escucha la relacion del hecho que motivó su llamada, mi enojo y mis lágrimas.

—Habla.

—Hace algun tiempo descansaba tranquilo en mi lecho y soñaba como pocas veces en flores, alegría, victorias y felicidad, desperté de tan risueña ilusion y tuve sed, llamé á Alfonso y éste no oia mi voz, volví á llamar y tampoco, me levanté y no viéndole á mi lado, me llegué á su lecho y le halle vacío y sobre él una prenda de mi hija.

—¿De vuestra hija!... exclamaron Gutierrez y el conde, este golpeó su frente y maldijo su distraccion.

—¿Sí, de mi hija!... prosiguió Aben-Muley, de mi hija!...

y el llanto no le permitía continuar, despues siguió hablando. Aquella alhaja me hizo estremecer en aquel sitio, era una pulsera de la muger que mas habia yo amado, nunca la llevé á mis labios sin un profundo temor y respeto y entonces mis ojos la veían sobre el lecho de un hombre, de un cristiano á quien yo tenia en mi casa para ser el asesino de mi honra. Cogí en mis manos aquella prenda y caí casi sin aliento entrechándola sobre mi corazon; yo la habia dado á mi hija y solo ella pudo hacerla venir á manos de aquel hombre, era, pues, una prueba inequívoca de un funesto y maldito amor, pero aun mas que esto habia para mayor tortura mia: Alfonso era preciso se encontrase allí ó á mi lado, su ausencia me hizo temer otra nueva desventura y corrí al cuarto de mi hija, entro y el cristiano estaba solo con ella, arrodillado á sus plantas, con una de sus manos entre la suyas y mi hija pronunciaba un sí en aquel instante.....

Un grito de asombro dió Gutierrez, Alfonso quedó inmóvil y Aben-Muley señalaba al conde aun, despues de haber hablado con un tono amenazador.

—Quise, pues, continuó diciendo el anciano, que vos señalarais el castigo que merecia vuestro pupilo y ahora os suplico pronuncies su sentencia.

—Amor, no fué un crimen jamás, dijo Alfonso.

—Amor qué deshonra, no es amor, replicó Aben-Muley.

—El mio os ensalza, contestó el conde.

—Silencio, Alfonso.

—No callaré y toca á mi lengua probar lo que el acero deseeo de mostrar está: es cierto que fui al aposento de Zaima, cierto que me arrojé á sus pies, cierto que la amo, pero es falso que me diera esa alhaja; falso que yo sepa corresponda á mi cariño, falso tambien que Alfonso de Guadix, fué nunca el asesino de honra alguna en los dias de su vida.

—¿A qué fuiste entonces crisriano? ¿á qué hora tan critica fuisteis al cuarto de mi hija? ¿quién te diera aquella prenda de mi familia? ¿qué otorgaba Zaima al jóven que arrodillado á sus plantas algo la pedia?

—Fui á devolver la misma alhaja que un olvido me hizo dejar en mi lecho, no me pertenecia y á darla iba á su dueña.

—¿A aquellas horas?

—Sí, como fuese el único medio de pedir á Zaima una cita, aproveché este para decirla antes de marcharse que era el idolo de mis pensamientos, el alma de mi alma, el objeto de mi adoracion, la prenda de mi cariño.

—¿Y no te prohibe tu religion ese lenguaje?

—No, me ordena el amor como primera ley.

—No el amor de una muger.

—Sí, que las miradas de un cristiano no manchan el blanco cendal de la pureza, sus palabras no ofenden al pudor y elevan á la muger al cielo de donde fuera ángel caido por una falta de amor.

—¿Quién me fia tus palabras?

—Yo, dijo Gutierrez.

—Yo, grito Zaima, apareciendo aterrada y arrodillándose á los pies de su padre.

—Levanta, hija infame.

—No lo haré sin juraos antes en nombre del cariño que os profeso que Alfonso dijo verdad, que sus labios no mintieron y que nunca vuestra hija, añadió levantándose con dignidad, tendrá que avergonzarse delante del cristiano, ni de llevar el nombre de su padre.

—¿Es cierto cuanto dices!... replicó éste enternecido.

—Os lo juro, contestó Zaima.

—Y yo te creo hija mia, prosiguió Aben-Muley, arrojándose en sus brazos llorando, si te creo, te creo, necesito creerte.

El anciano embajador solo necesitó aquella escena para convencerse de las resueltas palabras del conde, de su tono al pronunciarlas, de la opinion que la merecia y el cariño que á su hija profesaba.

El doctor que muy poco antes hablara, se llegó á Aben-Muley y le dijo:

—Antes de marcharos os prometo daros satisfaccion cumplida de la conducta de mi pupilo, descansad ahora, nodesconfieis nunca de los juramentos de la juventud y esperar tranquilo mi venida; y volviéndose á Alfonso le dijo resueltamente. Seguidme, y hechó á andar.

Alfonso miró á Zaima, ésta comprendió al jóven y dijo señalando al corazon.

—Nunca fui desagradecida.

—Salgamos he dicho, volvió á decir Gutierrez, y salieron de la estancia.

Aben-Muley siguió abrazando á su hija y llorando por mucho tiempo; el doctor y el conde salieron de la casa, examinaron la plaza y encaminaron sus pasos á la calleja que el lector recordará y de la que hablamos en el número II de esta leyenda.

VI.

El doctor y Alfonso luego que salieron de casa de Aben-Muley se encaminaron cada cual á la suya, no sin antes referir el conde dos sucesos que su tutor ignoraba y este aconsejarle y prometerle visitar á la mañana siguiente al padre de Zaima.

Alfonso entró en su casa, subió á su habitacion y dió órdenes que allí nadie penetrase, luego que se vió solo sentóse en un sillón cercano á una mesa y ocultando el rostro en sus manos lloró.

Lector ó lectora ¿has amado alguna vez? ¿has visto por ventura destrozadas en un momento las arraigadas ilusiones de muchos dias? ¿ante tu vista é imaginacion se ha presentado un sombrío porvenir, un abismo de hondas penas, de lágrimas, desesperacion y dolor!... si asi es (lo que sentiré en el alma, las consideraciones que aqui estampe serán demas para tí y adivinarás sin trabajo por qué el conde jóven, rico, valiente, emprendedor, resuelto, lloraba como un niño.

Las mugeres creen muy frecuentemente que los hombres no aman sino con un egoismo refinado, acusan de duro su corazon, poco tierno, casi insensible á las emociones de una pasion, y me parece que en esto alucinadas por su propia causa, no van muy cuerdas y acertadas. Si difícil es al hombre conocer una muger, aun es mas que una muger conozca á un hombre; su naturaleza de suyo distinta que la de la muger, es aun mas diferente por la educacion, por las condiciones en que desde un principio se la coloca. Se le enseña no á dejar de sentir, sino á espresar menos de lo que siente; á la muger desde la última clase social se la educa para espresar aun mas de lo que siente, de aqui el engaño, de aqui la falta del conocimiento del corazon humano, de aqui esa lucha de funestos resultados entre los dos sexos destinados á vivir juntos, que le son mutuamente indispensables y necesarios.

El hombre llora tambien, y por lo mismo que le es tan difícil, sus lágrimas espresan mas, dicen mas, son mas sinceras, si al aparecer de nuevo á vuestra vista su rastro se ha borrado, vosotras teneis la culpa, no negueis lo que no sabeis porque no habeis visto; la fé de Santo Tomás no debió ser de mucho valor para Jesucristo.

Volvamos, pues, á nuestro conde de Guadix que llorando, repito, permanecia despues de muchas horas en su cámara; estaba loco de amor y el suyo que contra la regla general habia empezado tambien muy luego entró en su habitual y periódico camino; es decir, en el de los inconvenientes, las dudas, los sinsabores y las contrariedades, camino fatal y apetecido! ¡odioso y deseado! ¡mezcla de mal y bien! maremagnum que agrada y fastidia á un tiempo mismo.

La aurora asomaba ya por el balcon del Oriente y sorprendió á nuestro jóven en la misma actitud, y muchas veces así lo hiciera si pasadas algunas horas unos golpes dados en la puerta no le sacaran de su abatimiento, no hizo caso primero de ellos, pero oyendo la voz de su tutor corrió á abrir y el médico, que bien poco durmiera, (como acontece á los de su profesion cuando por una como por otra causa), entró en la estancia y viendo al conde exclamó:

—¿En qué estado te encuentro Alfonso?

—En el de la desesperacion mas grande.

—Eres un niño: te traigo buenas nuevas.

—¿Qué oigo!... contestó el conde levantándose, ¿la habeis visto? ¿sabeis de ella?

—Sí, Alfonso, siéntate y escúchame.

—Hablad, ambos se sentaron uno enfrente de otro.

—Apenas amaneció, prosiguió el doctor, me fui á casa de Aben-Muley que mas tranquilo pudo escucharme y le referí cuanto ha pasado, le dije quien eras, el encuentro de la pulsera en palacio, sus planes violentos y mi esperanza de curarte del amor de su hija suponiendo que esta te rechazaria por ser cristiano, tu olvido con la precipitacion del deseo de ver á Zaima y solo le callé tu ánimo de hacer cristiana á su hija. Luego que todo esto le hube contado, me aseguró que todo lo creia y habia perdonado á su hija la alarma que sus sospechas le produjeran, me tendió la mano y me confió que el rey Católico le habia dado unos pliegos para Boabdil que muy pronto llevaria.

—¿Y ella?

—Tambien se despidió de mí llorando y al abrazarla me dijo: decid á Alfonso que no me olvide y que llevo conmigo el libro que me dió en mi cuarto.

—¿Eso dijo?

—Sí, su padre me acompañó algunos pasos y me encargó te dijese te olvidas completamente de su hija, ella nunca, continuó, amó á otro que á su padre y muy luego estará lejos de aquí.

—Imposible, exclamó el conde, imposible es que yo olvide á esa criatura en los dias de mi vida y confío en Dios que será cristiana. Lleva el Nuevo Testamento y ese sagrado libro, base del cristianismo la convertirá, y será mi esposa.

VII.

Suspendamos por un rato la continuacion de nuestra leyenda, para ocuparnos de la historia; conveniente será hablar algo antes de los sucesos que vamos á referir de esa gran cruzada que los reyes Católicos don Fernando y doña

Isabel mandaron continuar y fué seguida por espacio de diez años con un teson que coronado por la toma de Granada será para los hombres todos, para los gobiernos y los reyes una prueba del premio que el valor y la constancia logran en la tierra.

Cruzada mas justa que otras era esta, setecientos años habia que los moros eran sin razon dueños de España, en las montañas de Covadonga se da el primer grito de libertad y cual un eco de tan santa voz se repite en los corazones de las generaciones futuras, los moros pelean como leones, pero los brazos que detienen sus golpes tienen en su ayuda el favor del cielo, de la razon y la justicia; contra tan fuertes escudos se estrellarán siempre la tiranía, la usurpacion y el despotismo.

Solo restaba á los moros el reino de Granada que se estendia de Ronda á Huescar, de Cambil á Almuñecar y los reyes de Castilla y Aragon toman sucesivamente sus villas y mas famosas ciudades. Málaga, Almería y Guadix caen en su poder y en los años en que pasan los sucesos de nuestra leyenda Granada es la única ciudad donde tremolaba el estandarte de Mahoma, los reyes Católicos desean el invierno y sin atender á las negociaciones de Boabdil resuelven terminar la colosal empresa.

Este era, pues, el estado de las cosas á la sazón que Alfonso veia algo mas consolado su corazon con las noticias de su tutor, al dia siguiente fueron citados para la funcion religiosa que se habia de verificar con efecto de pedir al cielo su ayuda en la conquista de Granada cuantos nobles se hallaban en la ciudad y el dia amaneció sereno y hermoso. Sevilla representó engalanada, cubierta de flores, de ricos tapices y colgaduras, la alegría reinaba en los corazones todos, la esperanza, ese dulce bálsamo del alma, esa fragante rosa marchita antes y que recibe con el soplo de la gracia tenia su asiento en el corazon de todos, de los reyes á los grandes y de estos á los pecheros.

A las once los reyes Católicos salieron del régio alcázar monumento perteneciente á la dominacion árabe, joya la mas estimable de los sectarios del islamismo acompañados de muchos nobles entre los que figuraban caudillos famosos sabios y virtuosos barones: el maestro de Santiago, de Alcántara, don Andres de Cabrera, el almirante de Castilla, el de Benavente, el de Villena, el conde Guadix, el doctor Gutierrez, fray Hernando de Talavera, Pero Gonzalez de Mendoza y una lucida corte de damas, gentiles-hombres, servidores de Palacio precedidos de un numeroso pueblo dirigiéronse á la no concluida catedral á la hora citada y repetidos vivas, entusiastas voces demostraban el júbilo y contento.

Don Fernando y doña Isabel conmovidos caminaban silenciosos, el primero soñando victorias, meditando planes, la segunda orando, pidiendo al cielo su proteccion.

Despues de atravesar varias calles y plazas oyóse un sordo murmullo que llegó á oídos de los reyes, aumentábase por grados y parecia ser efecto de alguna disputa, se oían imprecaciones, amenazas, voces: doña Isabel llamó al jóven conde de Guadix y le dió orden de averiguar la causa de aquel extraño movimiento, nuestro conocido Alfonso corrió á obedecer á la reina, atravesó las filas de la procesion y al cruzar la esquina de una de las calles vió una litera rodeada de gentes del pueblo que amenazaban á un anciano que en vano les decia:

—¡Dejadme paso! ¡salgo de la ciudad!

Pronto reconoció el conde á Aben-Muley en aquel anciano y llevado de una indignacion grande tiró de la espada y arremetió con los insurgentes que habian abierto la portezuela y se preparaban á maltratar al embajador, estos que se vieron atacados volvieron la cabeza y al reconocer á un caudillo cristiano se separaron al instante, el conde les gritaba:

—¡Cobardes!..... dejad vuestro enojo para el campo de batalla... respetad los tratados sagrados, los pactos de vuestros reyes!...

Aben-Muley que con su hija salia para Granada, temió mucho por la vida de esta en aquel inmenso peligro, sus criados habian huido luego que se vieron amenazados y solos, abandonados esperaban ser víctimas del furor del populacho que al verlos, de ningun modo creyó solemnizar mejor el día que probando sus deseos de esterminar la raza árabe en aquel indefenso anciano y aquella jóven que nadie vió por ir cubierta con su velo; al reconocer á Alfonso dió gracias al Profeta y luego que se hubo acercado le tendió la mano diciéndole enternecido:

—¡Otra vez te debo mi vida, jóven generoso!

Zaima amedrentada por el peligro, que habia caido en un ligero desvanecimiento que al oír la voz de Alfonso, terminó; el conde despues de hacer ver al pueblo su mala accion se acercó á la litera y dijo al viejo:

—¿Dudais aun de mí?

—Cristiano, respondió éste, solo dudé algunos instantes, te soy acreedor á cuanto mas quiero en la vida que es la existencia de mi hija, no creí volverte á ver y te otorgo un favor cuyo precio si reflexionas estimarás.

Al concluir levantó el velo de su hija y tomando su mano la acercó á los labios del conde, este se arrodilló involuntariamente para besar la mano de Zaima y el pueblo que notó y vió aquel movimiento se precipitó contra el conde gritando:

—¡El conde de Guadix no es cristiano!

—¡Mentís! replicó este volviéndose para defenderse.

—¿Qué besaste? dijeron varias voces.

—La cruz que cuelga de mi collar.

—¿Para qué?

—Los reyes Católicos llegan al templo y debemos orar con ellos.

Las campanas sonaron en aquel momento y el pueblo se arrodilló, en la catedral se levanta la cortina del sagrario y esta coincidencia providencial salvó al conde.

Todo lo observaron Aben-Muley y Zaima, el primero con asombro, la segunda llorando, pues todo el pueblo oraba en aquel instante por el esterminio de su raza, el mismo que la habia salvado rezaba tambien por su muerte.

Pasados algunos instantes el conde se levantó y dijo á los amotinados:

—Los reyes nada sabrán de cuanto aqui ha pasado, algunos rostros me son conocidos y si los delatase sufririan un severo castigo, al nombre de embajador devisteis respetar á los viajeros, suba uno de vosotros y dirija la litera hasta dar con los criados y servidores de Aben-Muley.

Con efecto, la orden del conde fué obedecida y partió el carruaje, él mismo cerró la portezuela y la mano de Zaima al hacerlo estrechó la suya y dió al mismo tiempo una cadena de oro, que el conde guardó presuroso; dirigiéndose

luego á la catedral á reunirse con la comitiva y enterar á la reina de aquel hecho desfigurando su gravedad y por menores.

A los cuatro dias de estos sucesos el 20 de abril de 1494, salieron de la ciudad los reyes Católicos para el sitio de Granada.

VIII.

Cerca de cinco meses eran pasados de los sucesos que hemos narrado, y á legua y media de Granada se veia una pequeña ciudad edificada bajo la advocacion de esa virtud cristiana que dice á los hombres «creer»: Santa Fé encerraba en su seno los hombres que muy presto se harian dueños de la última joya que restaba á los sectarios de Mahoma. Luego que Aben-Muley y su hija llegaron á Granada el primero dió á Boabdil las cartas de los reyes Católicos, y aconsejó á éste se preparase á una guerra segura. El rey moro, débil, cansado por los placeres, mal aconsejado y peor quisto de los suyos, que decian tener él y sus amigos una decidida aficion á los cristianos, no escuchó los consejos de Aben-Muley; la ciudad fué sitiada, talados los campos, tomadas las villas por los cristianos, y debilitado en tal manera su poder que le fué forzoso mandar á Santa Fé comisionados para tratar con el rey Fernando: el 25 de noviembre se firmó una capitulacion y entrega de la ciudad poco favorable á los enemigos del cristianismo.

Pocas noches despues del 25 de noviembre, Zaima, se encontraba en su gabinete ricamente amueblado con ese lujo, esa profusion caprichosa, ese conjunto admirable que distinguió siempre á los hijos del Oriente; cuanto pudo inventar la fantasía del hombre para hacer mas poética la vida y los placeres se encontraba reunido en la estancia de la hermosa jóven que conocemos: ella sentada cerca de una mesa recorria maquinalmente la vista por un libro donde se veian varias pinturas, versos, retratos, todo perfectamente ejecutado y de gran mérito y estima, pero su pensamiento muy lejos de allí en nada la permitia parar su atencion, ocupada en otras ideas ojeaba el libro sin mirarle ni aperebirse de sus bellezas.

Luego que llegó de Sevilla, su padre entregado á los negocios, ocupado con la política la habia casi abandonado: fácilmente, pues, leyó el libro del cristiano; primero no entendió aquellas páginas sagradas, despues empezó á admirarlas, á comprender su valor, y finalmente hablaron tan alto á su corazon, que su alma generosa, pura, sensible, no pudo menos de conmoverse con aquella lectura que tanta pureza, generosidad, sensibilidad y grandeza encerraba. Comparó la religion de su padre con aquella religion, buscó la cuna de ambas, y su entendimiento como su corazon, su alma como sus sentidos desecharon bien pronto á aquel y derramaron lágrimas sobre éste; el triunfo no era dudoso, la verdad es una, y vieronla bien pronto los ojos de Zaima; despues de este triunfo pensó en el cristiano; Alfonso, apareció á su vista como libertador, recordó su respeto hácia ella, su conducta, su valor, su generosidad, su cariño y le amó, le quiso con la pureza que el libro santo la enseñó á amar y en aquel instante pensaba en el conde; alguna duda en sus juramentos le hacia temblar, pero lue-

go recordaba las palabras de Alfonso, reflexionaba que él la había prometido no olvidarla, correr á salvarla á su menor indicacion, y entonces tenia tal certeza en las promesas del jóven que casi se hallaba resuelta á escribirle, tenia necesidad de ocuparse del cristiano, saber de nuevo su amor y decirle que ya le comprendia y podia corresponder á su cariño, que su corazon era cristiano, tambien su alma, sus ideas, y anhelaba por momentos recibir aquel sacramento que el mismo Dios recibió en las aguas del Jordan.

¡Cuán hermosa estaba en aquel momento! ¡qué bien sentaba á su rostro la espresion de los sentimientos de su alma! aquella agitacion, alguna lágrima de amor, algun suspiro furtivamente escapado de su pecho, ¡cuán bien decian á su belleza, á su extraordinaria hermosura!... El amor es la vida del alma, el ambiente, el aire que es preciso al corazon respirar, sin él todo es mudo, sombrío y silencioso; la soledad pesada, el bullicio atronador, la calma horrible, la naturaleza un inmenso desierto, la existencia una monótona necesidad, los placeres un pasatiempo, las lágrimas una mentira; es necesario amar para sentir, para gozar y padecer; con el amor todo cambia, y antes de esa pasion todo pasa desapercibido á nuestros ojos, despues se transforma y medimos el tiempo con placer ó pesar; buscamos con interés el silencio de los campos para entregarnos á la meditacion, entonces por vez primera reparamos en los árboles, los rios, las fuentes, las colinas, las rosas, las aves, porque todo habla á nuestra alma que acaba de despertar del sueño de la indiferencia, y contempla aquella vida que el amor causa y sostiene; la belleza es el amor, la poesía la música, el arte, la pintura, son amor; sin él no existirian; son su espresion mas perfecta.

Zaima estaba mas encantadora que antes, sus miradas, sus movimientos revelaban su nueva pasion, y una muger no pierde por solo amar su inocencia y su candor, antes bien, comprendiendo quizá estos sentimientos los de su verdadero valor y su mas agradable espresion.

Pasado algun tiempo entró Zoraida en la habitacion y distrajo á Zaima que atenta miró á su esclava diciéndola:

—¿Qué me quieres?

—Señora, respondió ésta, perdonad si interrumpo vuestras meditaciones.

—¿Se acerca mi padre?

—Señora, no.

—¿Ha sucedido algo?

—Tampoco.

—Dí, pues.

—Me acaban de entregar con el mayor sigilo una caja para vos.

—¿Para mí? contestó Zaima asombrada.

—Un hombre que no me ha querido revelar su nombre me la ha dado en este momento.

—Trae pronto esa caja.

Zoraida dió á su señora una pequeña caja de ébano con adornos de plata, y ésta despues de reconocerla, preguntó á su esclava.

—No sé como abrirla.

—Quien la trajo me dijo la rompírais para hacerlo.

—¿Y si no fuese para mí?

—Para vos es.

Zaima deseosa de ver lo que dentro se encerraba, la rompió con algun trabajo, y vió un pergamino y un ro-

sario; desarrolló el primero, y exclamó con gran júbilo:

—¡De Alfonso!...

No bien había pronunciado estas palabras, y se preparaba á leer su contenido sin temor á la presencia de Zoraida que todo lo sabia; ésta exclamó asustada:

—¿No oís?

—Qué, contestó Zaima.

—¡Ese ruido!...

—Con efecto... ¡qué voces!...

—Parece un motin... y grande...

—¡Y mi padre!

—No está en casa, señora.

—¡Cielos!...

Efectivamente la alarma de las dos mugeres tenia sobrado fundamento en el ruido que fuera se escuchaba; Zaima cogió apresurada la carta de Alfonso, y corrió á la ventana, abrió las celosías, y miró á la calle en el momento mismo que un número considerable de gentes desembocaba por una de sus esquinas, veíanse á la luz de los hachones, relucir algunas espadas y alfanjes, y á la misma claridad reconoció á uno á quien la mayor parte trataban de desar- mar y muy pocos defendian, y aterrada entró en la habitacion y empezó á gritar:

—¡Socorredle!... ¡socorredle!... Su voz se debilitaba por momentos, y el ruido se hacia sentir mas cercano; al poco tiempo se abrió con estrépito la puerta del gabinete, y por ella se precipitaron los que de la calle venian.

Aben-Muley, socorrido por algunos jóvenes trataban en vano de evitar los golpes de los soldados de Boabdil, estos que solo deseaban cumplir la orden de la prision dada contra el anciano, luego que le vieron en sitio donde el huir le era imposible, detuvieron sus amenazas y le invitaron á entregarse. Zaima se interpuso entre ellos y su padre, y les gritaba:

—¡Perdonadle por piedad!... ¡perdonadle!... Aben-Muley solo, cogidos sus pocos defensores, no tuvo mas medio que entregarse, pero antes les dijo:

—¡Soldados de un rey cobarde, moriria peleando si aun no restase á mi corazon una débil esperanza, y á la tierra no me uniera esta criatura á quien amo mas que mi propia vida; quise persuadir al pueblo que era vendido por un rey tirano, aconsejé á los hijos la salvacion de sus padres, de su patria, sus mugeres y libertad, muy pocos me escucharon y bien pronto recordarán tarde ya mis palabras. Hija mia, adios, no sé si mis ojos volverán á verte, ignora la suerte que el profeta nos destina, pero no olvides nunca que fuistes la hija de Aben-Muley: toma el acero, traspasa tu pecho antes que entregarte á esos fieros cristianos que tanto mal nos han hecho. ¡Adios!

El padre terminó de hablar, abrazó llorando á Zaima, y puso en sus manos un cuchillo que de su cintura pendia: su hija tomó el arma maquinalmente y abrazando á su padre suplicaba aun á los soldados no la separasen de Aben-Muley, pero el anciano con un movimiento de desesperacion salió de la estancia que los soldados cerraron quedando en ella Zaima de rodillas con los brazos estendidos, y cayendo al suelo desmayada luego que el ruido de los soldados y prisioneros perdieron á su oido.

(Se concluirá.)

SILVIO PELLICO.

¿Qué crimen cometió Silvio Pellico para ser enterrado vivo durante los mas bellos años de su vida, en la fortaleza de Spielberg? Esto se pregunta hoy todavía. Todo lo mas que puede imputársele son ciertas palabras de indignacion contenida, y algunos artículos de periódicos redactados en sentido liberal.

Habiendo nacido en 1789, en Saluces, en el Piamonte, sintió desde su primera juventud un vivo sentimiento por la poesia, que su padre, primero director de una fábrica de tejidos de seda, y despues gefe de una seccion del ministerio de la Guerra, en Turin, no habia dejado de cultivar. En una

ciudad de Milan, visitado por todos los viajeros de distincion que viajaban por Italia, Madame de Stael, Byron, Brougham Schlegel, etc., tuvo la idea de crear un periódico, el *Conciliador*, literario y político á la vez. El objeto del fundador era, como se ha dicho, la regeneracion de la Italia por el pensamiento literario y científico; pero el gobierno austriaco suprimió el papel al cabo de un año, y sus redactores fueron enjuiciados.

Preso el 12 de octubre de 1820, encerrado en la prision de Santa Margarita en Milan, despues en Venecia, y últimamente condenado á quince años de encierro en Spielberg



Silvio Pellico.

permanencia que hizo el niño en Lyon, sus estudios se encaminaron hácia la literatura francesa, y la Italia hubiera contado un poeta menos, si el nuevo empleo que su padre acababa de obtener en Milan no le hubiese llamado á esta última ciudad. Pero la gloria y el infortunio le esperaban. Ligado con Monti y Ugo Foscolo compuso aquella *Francesa de Rimini* que fué representada en todos los teatros de Italia. En esta tragedia, como en las siguientes, procuró imitar la manera de Alfieri; la misma sencillez en la accion, la misma claridad, la misma pureza de lenguaje. La obra es bella, pero un tanto glacial. El éxito de esta tragedia popularizó el nombre de Silvio Pellico. Buscado por la alta so-

Silvio no salió del cautiverio hasta el año de 1850, el mismo día en que estalló en París la revolucion de julio. Entonces apareció su libro de las *Prisiones*. Lo que hace que esta obra sea considerada como un libro aparte, es que el autor, lejos de maldecir á sus verdugos, les concede un generoso perdón, como Cristo perdonaba á los que le habian condenado á muerte. Se ha dicho de San Luis que no hubo rey que llevase mas lejos la santa idea de la virtud; puede decirse del prisionero de Spielberg, que pocos cristianos han llevado tan lejos la resignacion en las voluntades de Dios. Una vez en libertad, Silvio Pellico se retiró á la ciudad de Turin, donde murió á principios del año de 1854.

ESPIRITU DE LOS ANIMALES.



Un oso atacado por los perros.

EL ARTE MILITAR ENTRE LOS PERROS.

Alejandro, César, Carlo-Magno, Napoleon eran seguramente grandes capitanes. No disputaremos acerca de su gloria, aunque nos gusta poco la gloria manchada con sangre.

TOMO XII.

Pero conocemos un guerrero mas hábil, un estrategista mas sábio, un conquistador mas dichoso, un soldado mas infatigable que todos ellos juntos. Este es el perro.

En un principio, dice un autor francés, Dios creó al hombre, y viéndole tan débil, le concedió el perro. Chaulet, que manejaba la escopeta como el pincel, tenia un axioma

mas atrevido.—Lo mejor que tiene el hombre, decia, es el perro.

La historia militar del perro es una inmensa epopeya, que Buffon y todos los naturalistas apenas han desflorado. Procuraremos nosotros ser su Homero. Esto no será obra de un día; pero el tiempo no es nada, como decia Moliere. Este gran filósofo hubiera sido digno de estudiar al perro.

Limitémonos en este corto prólogo á probar el genio guerrero de un animal mas razonable que nosotros.

El perro fué el primer guardia civil de la sociedad. Su papel comenzó con la propiedad de la cual se constituyó en guarda. Sin él no hubiese habido civilizacion posible. No vayan vds. á gritar: ¡paradoja! Consulten vds. la historia y la geografia. ¿Cuáles son los pueblos salvajes? Los que no tienen perros. Los pieles-rojas, los caribes, los habitantes del Ecuador, de Borneo, de Celebes, etc. En medio de las riquezas de la naturaleza se comen entre sí porque no tienen rebaños ni caseríos. Véanse por el contrario los esquimales, el lapon, el samoyedo, cien veces mas pobres y peor situados que los antropófagos. Son humanos y dulces en el fondo de su miseria: ellos tienen perros.

¿Por qué el Oriente ha sido la cuna del orden social? Porque es la patria del perro. Sin el perro no hay rebaños para los patriarcas;—sin rebaños no hay alimentos, ni vestidos, ni agricultura; sin agricultura no hay industria, ni ciencias, ni artes. El perro es, pues, el primer elemento de progreso dado por Dios al hombre. Mr. Guizot ha olvidado esto en su *Historia de la civilizacion*. ¡Qué los perros le perdonen! Ellos son bastante modestos para eso.

El mohicano quedará salvaje mientras se vea obligado, falto de perro, á usar de su vida y de su inteligencia para estudiar lo que el último perro de aguas conoce cien veces mejor que él.

Después de ocho siglos de monarquías y de repúblicas ¿qué persona iguala hoy á nuestro perro mastín, para defender el orden público y la propiedad particular? Constantinopla, donde los perros regimentados son comisarios de policía y guardias municipales, es la capital mas garantida contra el asesinato y el robo. Todos los viajeros convienen en ello con admiracion.

De guardia civil el perro pasó á conquistador el día en que el hombre, despojado de sus carneros y de sus gallinas, y encontrando á su disposicion la caza de piel y pluma lanzó su guarda á la caza del lobo, del jabali, del ciervo y de la perdiz.

Aquí es donde el genio del perro es maravilloso. Nuestra Iliada tendrá un encanto para todas sus hazañas.

¿Cuánto valor! Nada le detiene ni le intimida, ni la fatiga, ni los obstáculos, ni la superioridad, ni el furor del enemigo. ¿Los rusos podrian atravesar en sus trineos los hielos de la Siberia, si los perros de posta no los salvaran de los lobos y de los osos hambrientos? ¿El viagero no sucumbe allí hasta que no ha sucumbido el último perro! ¿Cuánto no se ha dicho, y cuánto no queda que decir de los héroes del monte de San Bernardo y de los Pirineos?

La Francia pensó seriamente en completar, por medio del perro, la conquista del Africa. El nuevo ejército se organizaba cuando Abd-el-Kader se rindió. Pero ya habia operado en Bugia una compañía de perros. No hubo un *blockaus* mejor defendido. Los perros no se pasaron á los árabes.

Un general francés tenia entre los hadjoutes un perdi-

guero cruzado con perro de presa, que traía á un gefe enemigo como á una liebre en lo mas terrible del combate.

Véase en el dibujo que acompañamos á ese oso tan intrépidamente atacado por los perros. Ignorando esta caza sin duda; se ha perdido entre nosotros. En España era la cacería real por excelencia. Los reyes la hacian al sonido del cuerno y de la trompa, en medio de una numerosa cabalgata, como la del ciervo y la del jabali. Alfonso XI, en su famoso tratado de la *Cacería*, la supone superior á todas las demas. Algunas veces pasaba cinco días y cinco noches acosando á un oso; el combate era encarnizado y sangriento, y muchas veces los cazadores sucumbian allí con los perros. Una vez derrotados el único medio de salvacion era hacerse los muertos, pues se sabe que el oso respeta los cadáveres. ¡Pero desgraciado de aquel que no representaba perfectamente la comedia de la muerte! El oso tiene el olfato muy fino; husma, escucha, palpa, y vuelve á su presa antes de darle la partida de difunto. Otras veces, se asegura ingeniosamente del hecho rodeando muy despacio el cuerpo hasta que llega al borde de un precipicio y le lanza á diez varas de profundidad. En una cacería donde figuraban el emperador de Alemania y el rey Felipe II, cuenta Argote de Molina, que se vió á un oso llevar á un muerto fingido que le era sospechoso hasta llegar á la cima de una roca inmensa y precipitarle y observar curiosamente si daba alguna señal de vida... Otro oso, acosado por una multitud de perros, se puso contra una roca, cogió un sinnúmero de piedras y las arrojó contra los cazadores.

Se vió mas que esto todavia, en una cacería del Bearn, el año de 1780, un siglo antes que se usaran las gorras de pieles. Un oso, atacado de muchas balas, sorteó á seis tiradores los unos después de los otros y arrancó la escopeta de las manos del sétimo.

En medio de esta carnicería los perros no retroceden jamás. Vuelven á la carga hasta derramar la última gota de sangre ó hasta que el enemigo los ahoga en sus musculosos brazos.

En cuanto á la estrategia guerrera del perro, merece un estudio especial, pues la ciencia la ha desdeñado por demasiado divertida. Pero toda la actividad de los Carlo-Magnos, todas las maniobras de César, todas las emboscadas de los árabes y todas las astucias de los Talleyrand y de los Meternich, son bagatelas, comparado todo con las estrategias del perro.

C. Cn.

Llamamos la atencion sobre una obrita que se ha publicado en Suiza por el inspector general de montes y plantíos del canton de Berna, en la cual quedan detalladas las consecuencias fatales que resultan con la corta total de los bosques que cubren las montañas. En España, donde en esta parte no se sigue definitivamente un sistema fijo, convendría, mas que en ningun otro pais el regularizar este importante ramo.

La grandiosa obra histórica del célebre literato inglés, Charles Merivale, titulada: *Historia de los romanos bajo el imperio*, ha quedado enteramente concluida ya, y parece que la característica de Julio Cesar y de Ciceron es de lo mas interesante que se puede leer.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

EL RAMO DE PAJA. ⁽¹⁾

(Continuacion.)

—Viva Mr. Broussel, esclama la multitud abriéndole paso. Jamás habia experimentado tan terrible ovacion. La multitud se estiende hasta perderse de vista; él creyó que atravesaba el mar Rojo, y se encomendó al Dios de los ejércitos. Llegó al barrio de San Dionisio y camina al través de su campiña.

Bien pronto un redoble de tambores, repetido por el eco, le anuncia que el campo no está lejos. A medida que se aproxima piensa que el ejército se acerca. Los forrageros de Mazarino pasan arrancando el centeno verde y el trigo en yerba. He aquí la ocasion de hacer que se respete la ley.—¡Alto! en nombre del Parlamento, les esclama un comisario. Broussel, incorporándose sobre los estribos, saca valerosamente el decreto de su bolsillo. Los soldados consideran á este guerrero de nuevo cuño y lanzan una estrepitosa carcajada. El debate termina por un tiro que un palafrenero dispara al aire, y que pone en derrota á la tropa legal. Broussel, el mas asustado por la detonacion, espolea á su caballo tan violentamente, que emprende la carrera á todo escape. El caballero, que jamás habia galopado, se agarra á la silla como un náufrago y concluye por soltar la brida. El caballo sin direccion redobla la carrera, y en lugar de reunirse á los comisarios, conduce á su hombre en medio del enemigo.—¡Socorro, señores soldados! ¡Detenedle! ¡detenedme! grita cándidamente Broussel. Los palafreneros se rien; uno de ellos para el caballo y le pone en buen camino. Dislocado, sin aliento, el magistrado echa pie á tierra, baja, se abanica un cuarto de hora, y vuelve á emprender la expedicion á pie llevando el caballo de la brida.

Llega por fin á un tiro de fusil de las tiendas reales. Le vuelven á instalar en su montura, no sin nuevas lamentaciones, pero le esperaba otra sorpresa.

A poca distancia, á la derecha del campo, se levanta una nube de polvo que se va acercando; brillan los mosquetes y las espadas; se oye un cañonazo.—¿Qué es esto? dijo Broussel, ¿es el duque de Lorena que reúne su ejército? ¿la artillería de la Ferté que se aproxima, ó los batallones del príncipe que atacan á Mazarino? Las tres hipótesis le hielan de espanto. Su séquito le impide que huya; pero felizmente distingue un destacamento del ejército de Turena. Acaba por fin á diez pasos del consejero. Los caballeros escogidos de los guardias reales, esclaman agitando sus espadas:

—¡Viva el conde de Harcourt, el valiente de los valientes! Broussel le reconoce al punto en medio de las filas sobre su caballo de batalla ricamente enjaezado.

Varias amazonas mazarinas se mezclaban detrás de las filas de los guardias de la reina. Una de ellas brillaba entre todas por su gracia á caballo y por el brillo de su belleza, á

pesar de la fatiga y la palidez de su rostro, donde la sonrisa acababa de secar sus lágrimas. Broussel la observa, se turba, se aproxima á ella, y lanza un grito de admiracion.

Era Luisa, su sobrina, la condesa de Amalby, de la cual no habia tenido noticia hacia seis meses.

Ella se vuelve, reconoce á su tío y se dirige hácia él. Cree que ha vuelto á su deber y le felicita por ello tendiéndole la mano... Dulce leccion para el corazon de Broussel si le hubiera sido permitido aprovecharse de ella. Pero al notar su silencio, Luisa adivina su mision y se vuelve con dolor. Por su parte el magistrado la pregunta que de donde viene, dónde está su marido, su padre... La condesa suspira y le muestra la abadía:

—Mi marido está encerrado allí por el cardenal, y mi padre está en su compañía...

—¡Encerrado por el cardenal! esclama Broussel; Mazarino es un pérfido.

—¡Silencio! interrumpió Luisa; la justicia tiene sus errores y la adhesion sus pruebas. Pero he aquí á nuestro defensor, al general Felipe, añadió en voz baja, señalando á De Harcourt. Acabo de andar cincuenta leguas para traerle aquí un día, y este día le bastará, yo lo espero, para romper los hierros del conde... Los frondistas le encontrarán entonces en el campo de batalla. Adios, tío mio, mereced el perdon del rey. Y Luisa le presenta otra vez la mano, y le deja para seguir al mariscal.

—¡En prision! ¡Cincuenta leguas! ¡Su defensor! repite el anciano; ¿qué enigma es este? Pero todo lo que puede saber, es que Harcourt llega en efecto, que va á concertar con Turena el asalto de París, y que vencerá al siguiente día el ejército del Norte. A su aproximacion, la flor de las tropas del rey le ha salido al encuentro y le ha dado una acogida triunfal.

La disciplina del campo, protegiendo la toga y la pluma de Broussel, deja que se adelante hasta el centro de las tiendas situadas en frente de las de Turena y de sus lugartenientes. Estos salen á su encuentro en gran ceremonia y saludan con la espada al enviado del Parlamento. Los soldados de caballería se ponen bajo las armas en frente del hombrecillo, y el terror deja petrificado á Broussel en este momento. Se tranquiliza, sin embargo, saca el decreto de su bolsillo y comienza la lectura: *En nombre del rey, el Parlamento de París*, etc. Las primeras líneas se oyeron maravillosamente; pero la entrada de Harcourt y la música con que le saludan aboga la voz de Broussel; su caballo se espanta, le tira y cae á los pies de un grupo de coroneles que son derribados á su vez. A este desenlace superlativo, los presentes que sonreían lanzan estrepitosas carcajadas que se propagan por todo el campamento.

Todo el mundo acude al ruido del tumulto. Turena, Mollé, Mazarino, sospechando una conmocion llegan al punto á donde estaba el rayo parlamentario. El cardenal se rie, y hace que Broussel respire su frasco de esencia y se venga de su enemigo enviándole á París en una litera.

Tal fué la expedicion de Broussel al campamento de San Dionisio.

(1) Véanse los números 4.º, 5.º, 6.º, 7.º, 8.º, 9.º y 10 de este año.

El consejero oyó de la boca de Petra la esplicacion de su desventura coreográfica. Teresa habia prestado su caballo á ciertas personas que le habian llevado á Pont-Neuf para que bailase al son de la música.

Pero la sirvienta, habiendo vuelto del palacio no menos asustada que su amo, le anunció que el Parlamento emprendia otra clase de baile del que se hablará en el capítulo siguiente.

Mientras tanto Harcourt era recibido en la abadía por Luis XIV, rodeado de toda su corte, en medio de la cual brillaba en primer término el original del retrato de la caja de pastillas, es decir, María Mancini, la encantadora sobrina de Mazarino.

En las miradas que cambiaba con el rey y en la sonrisa triunfante del cardenal, se leía el próximo cumplimiento de su mas querido sueño...

En este momento tambien entraba Luisa Amalby en la prision de Felipe, y se lanzaba en sus brazos y en los de su padre, diciendo con efusion:

—El conde de Harcourt ha comprendido mis lágrimas y ha venido á nuestro socorro y va á hablar á Turena.

XXI.

EL 13 DE MAYO DE 1632.



qui va á dar principio el baile que emprendia el Parlamento segun la espresion de Petra; y por una coincidencia enojosa, juntamente con otras, esto pasaba realmente el 13 de mayo de 1632. El único anacronismo que cometemos es el de reasumir en este ataque del 13 los que precedieron ó los que siguieron.

El presidente de Bailleul habia supuesto que Broussel retrocederia delante de su mision, y que el tribunal de la ciudad y la milicia llegarían á su puesto. Comprometidos por los emisarios de los príncipes, y apoyados esteriormente por las gentes de Beaufort y de Altomar, los magistrados frondistas, que se encargaban de atacar, propusieron la asamblea general de la ciudad, autorizada ya por decretos del mes último. Bailleul y sus amigos resistieron declarando que esto seria la abdicacion del Parlamento.—Razon

de mas, exclamó con voz enronquecida el rey de los mercedos, y esta palabra brutal fué saludada de aplausos. En el mismo instante, tres enviados del pueblo traian una peticion de la multitud intitulada: *Muy humilde representación para la asamblea de la ciudad*. Bailleul, queriendo intimidar al enemigo con un golpe de autoridad, leyó desdeñosamente la manifestacion, y declarándola sediciosa hizo que los arqueros prendiesen á los enviados del pueblo. Pronto se oyeron gritos que pedian la libertad de los enviados. Reconociendo en el número de las voces las de Beaufort, Bailleul imaginó oponerle á Gaston é interpelló á éste directamente:—Monseñor, le dijo, pongo bajo vuestra custodia la seguridad del Parlamento, y los prisioneros que acabo de hacer. El tío del rey iba á dar satisfaccion á la corte; pero Beaufort le siguió á la antecámara, reconoció sus gentes en los cautivos, y les prometió otro resultado antes de la noche, si los mazarinos lo consentian, y haciéndoles distribuir treinta y ocho pistolas; ¿por quien?—Por el duque de Orleans en persona.

Le votó la asamblea general de la ciudad. Gaston que tenia la lengua dorada, se levantó magestuosamente, y deploró los desastres de la ciudad, la insolencia de la multitud, concluyendo por pedir para él y para su primo, monseñor de Condé, una autoridad absoluta.—Los amigos de la corte para anularla preguntaron vivamente á Bailleul.... lo que se llama la *Union con los príncipes*, pero él no pudo decir mas en medio de los clamores que ahogaban su voz:—Si, si, la Union de los príncipes! ¡El duque de Orleans virey! exclamaron los frondistas.—Y la señorita de Montpensier reina de Francia! añadieron algunos orleanistas determinados.—Comprendo, dijo Bailleul; si la respuesta no es franca, es clara.—Entonces Gaston dejó su asiento declarando, que puesto que los señores de la compañía retrocedian en su empresa, no tenían mas que guardarse lo mejor que pudiesen; que él se lavaba las manos; y pasó á la tribuna real como simple observador.—A vuestra vez, monseñor de Condé, prosiguió el presidente; la sinceridad es, dice, una virtud militar. El príncipe Luis no queria bromas y devolvía una estocada por un alfilerazo. Respondió testualmente, que estaba cansado de dar cuenta de sus acciones á una reunion de *yo no sé qué*, que juzgaba á su modo. Todos los duques y pares siguieron el ejemplo del príncipe Luis, y Beaufort se encargó de lo demas.

—Ahora, señores, dijo este último, volviéndose hácia sus colegas, ahora que sabemos donde están nuestros amigos ó nuestros enemigos, ¿qué os parece que hagamos? Los mazarinos y el tercer partido, aislados sobre la brecha, se miran entre sí con una bravura bastante cómica, buscando los medios mas ingeniosos.... no de ganar la batalla, sino de evitarla. Los frondistas á lo Broussel propusieron levantar el sitio y no parecer por palacio; pero los condeistas y los partidarios de Beaufort detuvieron este bello arranque, previniéndoles que seria necesario pedir el pase á unos cien mil guardias. Bailleul se avergonzó y consultó con una mirada á los verdaderos magistrados. Entonces Omer Talon tomó la palabra y reprendió severamente la debilidad de las proposiciones que acababa de oír.

Su noble firmeza duplicó el ánimo de los valientes.

—A las excelentes razones de nuestro colega, dijo el presidente, añadiré una que todo el mundo comprenderá. Hay momentos en que la verdadera prudencia es intrepidez, y

nosotros estamos en uno de esos momentos. Dejemos gritar la revolucion y pasemos á la órden del dia.

La órden del dia era la última proposicion de los amigos de Beaufort; el famoso derecho de requisicion directa de las tropas y de los impuestos, disputado en el Parlamento por el principe Luis y el duque de Orleans. La discusion fué larga y encarnizada, pero Bailleul y sus amigos la exasperaron mas.

Los tribunos tuvieron un momento de estupor. Bailleul no se habia puesto su gorro para levantar la sesion, cuando Altomar, lanzándose fuera con el rey de los Mercados, juraba sepultar al Parlamento con su victoria y daba á sus bandadas la señal de ataque.

Un incidente imprevisto, vino á secundar al tribuno tan oportunamente que se hubiese creído un milagro de sortilegio.

Sepamos que el principe Luis habia prometido á Seguir apartar de París algunos de sus batallones, para tener el aspecto de ceder al decreto que se imponia á la tropas reales. El duque de Nemours estaba encargado, la misma noche de esta operacion, cuyo verdadero objeto era acudir cerca de Carlos de Lorena, sospechoso de defeccion.

Pues bien, en el momento en que Altomar llamaba al asalto á su ejército vacilante, un movimiento inmenso turbaba la masa, y un séquito, rodeado de vociferaciones enojosas, avanzaba al través del océano popular, como un bagel conducido al puerto por la tempestad..... Encantadora sorpresa y admirable socorro para la revolucion eran el duque de Nemours y Carlos de Lorena. Esta nueva se propagó por todo el palacio y brilló como un arco iris en la tribuna de los principes... Carlos IV vuelve á la Fronda, él que se creia comprado por el cardenal!..... Gaston y Condé se precipitan delante de él, y llegan á la meseta de la escalera al mismo tiempo que el real condottiere.

Era menester verle prodigar á la multitud embriagada los apretones de manos, los juramentos soldadescos... Beaufort se hubiera encelado. Entretanto Altomar improvisa un sublime complot. Como principe de la sangre el duque de Lorena tiene derecho de sitiar al Parlamento, y fué preciso imponerle de grado ó por fuerza á los mazarinos, y romper así su decreto contra la Union. Dos minutos despues, el antiguo rey de Nancy, conducido por Gaston, su suegro, reclamaba á Bailleul su plaza en los bancos flordelisados. Se le concedió unánimemente por el tercer partido; pero Bailleul, incorporándose con indignacion, declaró que nunca, mientras él viviera, se sentaria sobre las flores de lis un soldado rebelde de España. El presidente, Jacobo Amelot, y otros veinte, hicieron la misma declaracion. Algunas palabras de Gaston tranquilizaron el tumulto y se levantó la sesion.

Pero Altomar, dispuesto á todo, habia organizado su revancha. Exaltada la multitud con el huracan de su elocuencia, pasa del delirio de la alegría al del frenesí, rompe los cristales del palacio, fuerzan las puertas y penetra en todos los aposentos. La horrible escena que siguió no puede describirse. Diez individuos del mercado se arrojan sobre Bailleul, y despues de una lucha encarnizada de la fuerza moral contra la de los puñetazos, le arrancan de su sillón de presidente. Una vez dueños de la plaza los bandidos quieren organizarse y firmar el poder que han derribado. Los guardias, colocados á la puerta, cierran la salida á los mazarinos, y no dejan partir mas que á los cono-

cidos. Para ser admitido en el santuario es menester responder á la palabra de Altomar. El campo de batalla por excelencia, la posicion que se disputa como una ciudadela, es el dosel del tribunal y de los oradores. Todos quieren llegar á él y erigirse en jefe de partido, y pronunciar su discurso y lanzar su reto á los mazarinos, y proclamar su proyecto de gobierno. Las gentes de Beaufort, despues de haber consumido todo lo que habia de líquido y de sólido en la bodega parlamentaria, decretan que el cardenal sea ahorcado y todos los mazarinos. Otros proclaman á Gaston lugarteniente general, y á su hija reina, ó bien al principe Luis condestable, ó bien al rey de los mercados preboste, ó bien á Altomar gobernador de París.

Y mientras que los Bertranes de la manifestacion escamoteaban así el Parlamento, la innumerable cola de los Ratonés, ignorante de lo que ella servia, continuaba perorando bajo sus enseñas anodinas y gritando siempre:

—¡Abajo Mazarino y viva la reforma del Estado! Cuando supo el desenlace, era ya irreparable el daño.

La vergüenza y el remordimiento fueron la única conquista personal de los instrumentos de esta jornada bochornosa del 15 de mayo, pues cuando Bailleul y sus amigos, habiendo reunido algunas compañías de la milicia, vinieron á la cabeza de ellas para hacer evacuar al Parlamento, los invasores, divididos por su triunfo, y no pudiendo conciliar sus pretensiones y sus banderas, iban á esterminarse entre sí. Solo se consiguió salvarlos de ellos mismos dispersándolos y deteniendo algunos gefes.

Pero si el pueblo no habia ganado nada en este atentado, Altomar y los principes habian logrado su objeto. Gaston deploró el desórden, reclamó el castigo ejemplar de los culpables, y espresó á las víctimas los mas vivos sentimientos de una desgracia que no estuvo en su mano impedir. En cuanto al duque de Lorena, esplicó su pesar á los principes comiendo con ellos en Luxemburgo. Los principes hallaron el espediente de su huésped ingenioso hasta no mas.

—¡Sostener dos palabras á la vez! esto es el heroismo antiguo, exclamó Beaufort con una carcajada.

Seguir mismo sonrió silenciosamente.

Durante este tiempo llegaba un caballero á la casa de Broussel, trayendo una amazona desmayada. Este caballero era el baron de Altomar, y esta amazona era la comandanta Teresa.

Mas resuelta que Petra, á quien los mosquetes habian precipitado á la derrota, la hija del magistrado habia soportado valerosamente en la tribuna del palacio las emociones de la invasion popular. En mas de una ocasion hasta aplaudió á los compañeros de Beaufort y de Altomar, pero cuando éste vino á sacarla del peligro, una dicha mas violenta que los temores le hizo perder el conocimiento en los brazos de su héroe de corazon.

Cuando entraron sin anunciarse en la sala baja, Petra se arrodillaba delante del consejero que le volvia la espalda; buscaba en esta posicion el rayo que habia lanzado la guerra contra el ejército del rey. Esto le enseñaba claramente el éxito de la espedicion. En cuanto á Broussel, miró al resucitado, y esta segunda aparicion le hizo caer en un sillón. Sus respuestas, por lo tanto, no fueron mas que una serie de gemidos y de gritos, mientras que el baron le entregaba á su hija y le referia las desgracias del Parlamento.

—¿Es, pues, cierto? balbuceó el digno hombre; la corte asesinada por el pueblo; ¡es un parricidio infame!

—Una desgracia necesaria que yo no he podido evitar, dijo friamente Altomar.

—Entonces todo está perdido.

—Vos os habeis salvado; ¿no es eso lo esencial? Mañana la batalla, y despues el nombramiento de un gran preboste. Os dejo treinta y seis horas para meditar. Hasta mas ver.

—Yo daria, suspiró Broussel, todos los prebostados del mundo por no haber sido nunca mas que un alcalde de aldea.

Esto era hablar de lo lindo; pero ya no habia tiempo, Teresa juró á su padre vengarle al dia siguiente á la cabeza de su regimiento. Entretanto, subió á su aposento, se quitó su trage de amazona por el de gala, y pasó á servir de escolta á la Señorita y á sus mariscalas, que se habian encargado de tranquilizar á París.

XXII.

QUID FEMINA POSSIT.



o refiriendo hasta mas tarde este gran combate del barrio de San Antonio, que será el desenlace histórico de nuestro drama, vamos á encontrar en la prision de San Dionisio los tres personajes que mas nos interesan: Felipe de Amalby, Luisa y Juan Boucherat.

Se sabe la esperanza que habia inspirado á Luisa la llegada repentina del conde de Harcourt respecto á la libertad de su marido. Al mas leve toque de tambor, Felipe creia oir la señal de la batalla, y se desesperaba de no recibir nuevas de su general. Hacia una hora en efecto que Harcourt, encerrado con Mazarino, Turena y Colbert, litigaba acaloradamente la causa de su capitan, trasmitiendo sus ideas sobre el ataque de París.

Al fin la impaciencia de Felipe tuvo su término; se preguntó por la condesa de parte de Harcourt; deja esta á su marido y acude al gabinete donde la esperaban el general Turena y Colbert; pero ella se detiene en el umbral, páli-

da y vacilante, porque la tristeza de los recién llegados anuncia una triste nueva.

—¿No habeis logrado nada? pregunta Luisa á Harcourt apoyándose contra la pared.

—Nada, respondió el conde con dolor; el cardenal se manifiesta inflexible, y no dará libertad á vuestro esposo hasta que explique vuestro robo en vez del de la Señorita; este quid pro quo ha roto todos sus planes, y del que puede resultar la pérdida de la monarquía, que Felipe hubiera salvado cumpliendo con su mision.

—El primer ministro retrocede sin embargo, añadió Turena con amargura; pero no deja nunca retroceder á sus sobrinas ni á sus sobrinos. El grande obstáculo á la libertad de Amalby está en que Mazarino ha dado su regimiento á Mancini, y hasta la espada quitada por el conde á Mr. de Condé. El tio quiere que el sobrino coronel gane mañana su despacho de general. No os desesperéis, señora; esta no es una ocasion perdida para vuestro esposo. Será puesto en libertad cuando su sucesor haya vencido con sus soldados. El favor entonces quitará al mas alto, y Felipe volverá á ocupar su puesto para elevarse á su vez por su mérito.

—Pero Felipe encadenado morirá de desesperacion, esclamó Luisa. Nosotros que hemos levantado un ejército y que lo hemos pagado con el producto de nuestras tierras, con mi dote para conducirlo en triunfo al asalto de París. ¡Ah monseñor de Turena; si vos fuéreis el cardenal!

—Si yo fuese el cardenal, vuestro marido mandaria mi vanguardia.

—¿Qué hacer para mostrar nuestra inocencia á Mazarino? preguntó la condesa.

—No hay mas que un medio, interrumpió Colbert. Hacer hoy una expedicion á Luxemburgo, y volver con el page espía cuya relacion ha comprometido al conde y hacerle hablar, pues es el unico que puede aclarar este negocio.

—Yo me encargo de eso, exclamó Luisa. Dadme la llave que disteis á Felipe para entrar en el jardin de Luxemburgo, y el page de Gaston estará aqui esta noche.

Colbert entregó la llave á Luisa, suplicándola que reflexionara lo que iba á hacer. Harcourt la besó la mano, y Turena se despidió diciéndola al oido:

—No me admira que hagais un milagro; pero esperad la noche; tomad doscientos hombres de los mas valientes de los que mando, y dadme cuenta de cuanto pueda sucedernos... pues Mr. de Harcourt como vuelve á partir para el Norte, soy yo el que dará á vuestro marido su despacho y su espada.

Luisa apretó la mano del grande hombre, dió gracias á Colbert y á Harcourt, y acudió á la prision de Felipe.

—Señor conde, le dijo echándose en sus brazos, mañana estareis de batalla á la cabeza de vuestros dos mil hombres. Tened paciencia hasta entonces; y vos, padre mio, seguidme.

Sin decir una palabra mas, sacó de alli á Boucherat y le confió el proyecto que habia ocultado á su marido.

—¡Otra expedicion! suspiró el buen hombre acordándose de Choisy... ¿vamos á volver á montar á caballo y á desenvainar la espada?

—No, es en clase de aldeanos frondistas como vamos á marchar esta vez. Nada de armas; una chaqueta, una cesta, el ramo de paja en el sombrero... He aqui lo que nece-

sitamos por ahora. Encargaos de ello, padre mío... ya veis que yo os sirvo en vuestros gustos

—Quisiera mejor esperar la noche, y esperar los doscientos hombres de Turena, objetó tímidamente el baron de Genesse.

—¿Estrépito de armas? ¿un ataque abierto? fracasaremos. Creedme y obedecerme. El ardid y la audacia. He aquí en lo que sobresalen las mugeres.

Y el anciano hizo todo cuanto se le ordenaba. Sin embargo, como era mas astuto que ella, para ser menos emprendedor dilató el asunto diestramente hasta la caída de la tarde, y fué sin prevenirla á asegurarse de los doscientos hombres del mariscal.

En el momento de partir hasta Luisa vaciló:—Una vez dentro de Luxemburgo, ¿cómo llegar hasta el page? Necesito una palabra de orden de Gaston ó de Altomar. Un recuerdo, un rayo de luz la iluminó... Como en otro tiempo Deboile llevaba consigo un medallon de la *Bella Joconda*, aquel retrato que se parecia tanto á la condesa. Ella le habia visto escaparse del seno del baron, mientras que la robaba en Choisy-le-Roi. Como Deboile, sin duda, le convertia en un signo de reconocimiento para sus afiliados. Ahora bien, el famoso medallon entregado por Mazarino á Felipe, descansaba hoy en el corazon de este último.

—He aquí el pase que yo necesito, dijo Luisa; pero ¿reclamar semejante tesoro á su marido? Crueldad imposible, sin explicacion; arrebatarse semejante talisman. Volviendo al lado de Felipe, le dijo cosas tan dulces, le colmó de tantas caricias, que el conde se quedó dormido. Luisa entonces, con mano temblorosa, entreabrió su corpiño y le robó el medallon. Cuando Felipe despertó, no vió mas que el cielo en su sonrisa, y no encontró mas que la felicidad en su despedida.

Una noche, dos aldeanos que parecian padre é hijo, llegaron por el campo al jardin de Luxemburgo. Encontrados por algunos guardias walones, su ramo de paja y su grito de abajo Mazarino les valieron una acogida fraternal. Hablando largamente con los soldados, supieron que pertenecian al regimiento de Altomar, y que este reunia sus rehelutas en la llanura de Charenton á dos leguas de Luxemburgo. En cuanto al duque de Orleans pasaba la noche con los príncipes en el Hotel de Ville. Luisa (el aldeanillo) no preguntó mas, y media hora despues abria con la llave de Colbert la puerta secreta del jardin. Desde la alarma de su robo esta puerta estaba guardada en el interior por gentes de Altomar. Los centinelas dan el quién vive; Luisa se estremece, pero al fin se aproxima á los guardias, los cuales sonrien al ver aquella cara de niño que no tiene nada de sospechoso, y nuestros aldeanos, completamente tranquilos, llevan á cabo su programa con el mayor aplomo:

—Somos dos guardias despachados por Mr. de Altomar, y traemos un papel que urge á Mr. Ally, page de nuestro señor Gaston. (Era el nombre del espía de Mazarino).

—Vuestro pase, preguntaron los guardias frunciendo el entrecejo.

—Esta llave que me ha dado Altomar, respondió Luisa, y este medallon de plata, añadió mostrando la *Bella Joconda*. Los soldados se inclinan delante del sagrado emblema. Los aldeanos llegan hasta el centro del castillo; pero cuando Luisa pregunta por el page, sabe que está preso por orden de Altomar. Luisa improvisa una nueva estratagema, y

dice que tiene orden de verle en su misma prision. Los guardias no titubean, y conducen al aldeano cerca del cautivo. Encerrada con el page le cuenta lo que pasa.

—¿Qué puedo yo hacer para reparar mi error? pregunta el page.

—Aceptar de mi el servicio que me ofreciais el otro dia, cambiar vuestro traje por el mío; dejarme en lugar vuestro en la prision, tomar este medallon que os abrirá todas las puertas, seguir á mi padre al campo de San Dionisio, y justificar á mi esposo delante del cardenal y de la reina.

—Pagar mi libertad con la vuestra... ¿esto seria una cobardía!

—¿Qué importa mi libertad? Se trata de la de Felipe.

—Pero si Altomar os encuentra aquí, no volvereis á ver al conde.

—Nada temais. El page cedió, cambiaron de ropa y salió en su lugar.

Luisa, viéndose sola en la prision, sacó de su pecho un puñal, y dijo:

—He aquí mi salvacion.

El page y Boucherat emprendieron á galope el camino hácia el campo, y una hora despues, la inocencia completa de Felipe era esplicada al cardenal por el irrecusable testigo; pero el cardenal no quedó muy convencido.

Boucherat corrió á buscar á Harcourt. Acababa de partir. ¿Y Turena? Pasaba revista á sus tropas. ¿Y la reina y el rey? Habian partido para Charonne con la corte.

—¡Oh, ilustres ingratos! suspiró el anciano.

La última razon de los reyes va á decidir la suerte de la monarquía; los dos ejércitos se miran el uno frente del otro.

XXIII.

LA BATALLA DE SAN ANTONIO.

Poco antes de reunirse con su hijo, la reina habia pasado la noche con sus camaristas arrodillada al pie de los altares. El jóven rey, impaciente de su grandeza, presidia de lejos las maniobras de Turena.

Sin embargo, un poderoso entretenimiento distraia á Luis XIV del campo de batalla. Era la bella María Mancini, sentada frente de él con un traje deslumbrador, entre su tío y el canciller Molé.

—Por vos quiero vencer, pues vos sereis el premio de mi victoria.

Y la jóven sonreia.

(Se continuará).

SOFÍA CRUVELLI.

Hace algunos años, que dos niñas, dos hermanas y las dos encantadoras, atravesaban una capital de Alemania. Acababan de dar un concierto cuya patente la llevaban en oro en su bolsillo. Fueron detenidas á la puerta de la ciu-

dad por el canto de una mendiga, cuyo trage revelaba una antigua riqueza, y la voz un método extraordinario. Después de haberla escuchado con placer, la interrogaron con simpatía, y supieron que era una cantatriz que había descendido desde el triunfo á la miseria. Una de las hermanas que aspiraba á las ovaciones del teatro, se estremeció y en un noble arranque de caridad, dió su bolsa á la pobre muger. Esta cayó á sus pies deshecha en lágrimas, y examinándola con una mirada fatídica:

—La fortuna y la gloria os recompensarán, la dijo; aceptar y guardad este recuerdo de mí; vos encontrareis en él la historia de mis desgracias, que llegará á ser la de vuestros triunfos. Y la mendiga entregó á la jóven su última alhaja, un pequeño medallon sobre el cual estaban grabadas estas palabras: *Alemania, Italia, Inglaterra, Francia, Elvira, Norma, La Figlia del Reggimento, Amina, Abigail, Leonora*. Mlle. Sofia Cruvelli (pues era ella, entonces desconocida), vió en este regalo un talisman mágico y en estas palabras, una profecía de su destino. Ella ha seguido, en efecto, de ciudad en ciudad y de papel en papel, la escala indicada por el medallon que guarda y consulta fielmente. *Debutó* en Alemania, pasó á Italia y á Inglaterra, y últimamente cantó

en los Italianos en Francia llegando al colmo de la fama. Se ha visto que todos los papeles del medallon han sido ejecutados, y las predicciones se han verificado las unas despues de las otras.

Despues consultó con su corazon y ofreció su voz y el piano de su hermana María á las buenas obras que reclamaron los desgraciados, las viudas y los huérfanos.

Hoy la Cruvelli se ha fugado de Paris, y en un periódico extranjero hemos visto la orden dada por el tribunal civil del Sena, para que se le embarguen todos sus muebles, y el dinero que el banquero Rothschild pueda tener de dicha cantatriz perteneciente á sus ahorros.

¿Cuál es la causa de esta faga? Se hacen infinitos comentarios. Unos dicen que la Cruvelli se ha resentido por no haber visto su nombre en primera línea en los carteles y anuncios del teatro; otros que por que no le dan mas que 100,000 francos de asignacion cuando pensaba obtener el doble. Otros aseguran que tenia miedo de la vecindad de Mme. Stoltz y otras cosas por el mismo orden. Hay quien asegura que la Cruvelli ha sido robada al arte por un príncipe extranjero y que el rompimiento de la escritura con el teatro es una de las cláusulas del matrimonio. Ello dirá.



María y Sofia Cruvelli.